

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Director Fundador: José Aricó (1931-1991). Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula - ISSN 0328-221X - N°50, Buenos Aires, Primavera/Verano 2001 \$4

Crisis nacional

Lo verdadero y
lo trivial

Sebastián Etchemendy

Estrategias
para el crecimiento
económico desde
un perfil progresista
Eduardo Hecker

La "ilusión unitaria"
y el "país que no
miramos"

Marcelo Escolar

Torres Gemelas

El compromiso
con el mundo
Isidoro Cheresky

¿Recuperación de los
valores de Occidente?

Anthony Giddens
Ralph Dahrendorf

Provincianismo,
ideología y simpatía
por la revolución
Martín Plot

Homenaje
José Aricó: el
necesario optimismo
de la voluntad
Horacio Crespo



Crisis del progresismo

**¿Es posible (y deseable) volver a la
Alianza original?**

Juan Carlos Portantiero

**¿Qué queda después
de Chacho Alvarez?**

Edgardo Mocca

**El nuevo laborismo y la
experiencia de la Alianza**

Alejandro Bonvecchi

**El PT ante la chance de
un cambio histórico**

Vicente Palermo

Separata
Coloquio
Internacional
Coaliciones
progresistas:
problemas
y perspectivas
D.Astori, M.Ehrke,
J.Gazmuri,
R.Freire, A.Ibarra,
F.Storani

En este número

Problemas de diversa naturaleza hicieron que *La Ciudad Futura* suspendiera, de hecho, su aparición desde la Primavera de 1998; un hiato demasiado extenso que por momentos hizo dudar de la continuidad de la publicación. Sin embargo, la enorme crisis que vive la sociedad argentina operó como un nuevo estímulo para persistir en aquella hermosa aspiración original: "...que la miseria del presente no nos impida imaginar y trabajar por un proyecto de sociedad diferente [...]. Este es el definitivo nuestro programa. Encontrar en el presente lo que ya está designando el futuro, para de ese modo acelerar el porvenir. Es una tarea difícil, pero bien vale la pena intentarla". Por cierto, un presente extremadamente difícil, donde está en juego el destino profundo de la Argentina, con una gravísima crisis económico-social y un escenario político caracterizado por la completa irresponsabilidad de los principales actores, realidad en la que especialmente la centroizquierda no ha sabido dar cuenta de sus proyectos y sus promesas. Un paisaje literalmente de borde del abismo que, acaso como nunca antes, exige el mayor compromiso intelectual

y político para contribuir con la gigantesca tarea que propone aun la más tímida aspiración de futuro.

Así, en este regreso organizamos un sumario que trata de cubrir tres núcleos centrales de la actualidad. Por un lado la crisis del progresismo, encarándola desde diversos ángulos y enfoques, con eje en la durísima experiencia del gobierno de la Alianza pero también con abordajes de otras realidades, en un análisis que se refuerza significativamente con las ponencias del coloquio internacional sobre la situación del progresismo organizado este año por el Club de Cultura Socialista. Por otro lado se aproximan reflexiones sobre la crisis nacional, incluyendo materiales novedosos de nivel estratégico. Asimismo, otro núcleo de trabajo gira en torno del atentado a las Torres Gemelas, con intervenciones que afrontan el tema desde escenarios distintos pero bajo la idea común de que la humanidad se encuentra ante un fenómeno que reclama nuevas ideas y compromisos. Por último, a diez años de su muerte y como parte de este compromiso de recuperación editorial, incluimos un homenaje a nuestro fundador, José Aricó. OP

Sumario

CRISIS DEL PROGRESISMO

- Juan Carlos Portantiero: ¿Es posible (y deseable) volver a la Alianza original? 3
 Edgardo Moccia: ¿Qué queda después de Chacho Alvarez? 6
 Alejandro Bonvecchi: El nuevo laborismo y la experiencia de la Alianza 9
 Vicente Palermo: El PT ante la chance de un cambio histórico 12

CRISIS NACIONAL

- Sebastián Etchemendy: Lo verdadero y lo trivial 17
 Eduardo Hecker: Estrategias para el crecimiento económico desde un perfil progresista 21
 Marcelo Escobar: La "ilusión unitaria" y el "país que no miramos" 27

El artista: Fernand Léger. Nació en Normandía en 1881 y murió en París en 1955. La crítica lo define como postcubista, pero su recorrido fue muy variado y su última etapa, a partir de 1945, puede considerarse *naïf*.

La Ciudad Futura

Moreno 1785, 6°, (1093) Buenos Aires, teléfono 4372-3663.
Director fundador: José Aricó (1931-1991). **DIRECTORES:** Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula. **Editor:** Osvaldo Pedroso. **Consejo de redacción:** Gerardo Abby Carles, Gerardo Adrogué, Alejandro Bonvecchi, Fabián Boero, Sergio Bufano, Franco Castiglioni, Horacio Crespo, Hernán Chacón, Sebastián Etchemendy, Javier Franz, Marcelo Leirás, Ricardo Mazzorini, Edgardo Moccia, Guillermo Ortiz, Vicente Palermo, Martín Plot, Ernesto Semán, Pablo Semán, Lucrecia Teixidó. **Comité**

asesor: Emilio de Ipoli, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Ricardo Nudelman, Oscar Terán. **Maqueta original:** Juan Pablo Renzi. **Diagramación y armado:** Viviana Mozz.

La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Moreno 1785, 6°, (1093) Buenos Aires. **Impresión:** Gráfica Integral, José Bonifacio 257, (1424). **Distribución:** Siglo XXI Argentina, Lavalle 1634, 11° A, (10422) Buenos Aires. **Registro de la Propiedad Intelectual:** N°192675. **Suscripción anual:** Argentina, U\$S 12.-. Exteriores, U\$S 30.-. Cheques y giros: a la orden de Arnaldo Martín Jáuregui.

CRISIS DEL PROGRESISMO

¿Es posible (y deseable) volver a la Alianza original?

El resultado de las últimas elecciones –no por inesperado– puso al desnudo la magnitud de la crisis política argentina a través de la desafección que la ciudadanía siente por su dirigencia. Por cierto que lo más resonante de ese pronunciamiento ciudadano fue el fracaso de la Alianza que, habiendo abandonado su programa original, perdió millones de votos y dispersó del 40 al 23 por ciento el caudal de su respaldo político: no hay en nuestra historia reciente un ejemplo de caída tan rotunda en tan poco tiempo.

Juan Carlos Portantiero

solutamente opuestos a los deseos:

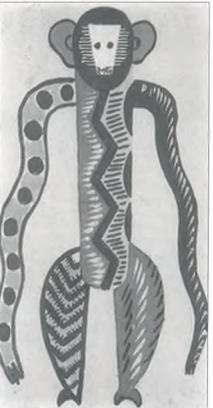
E l masivo castigo al gobierno encabezado por Fernando de la Rúa y el hecho de que la mitad del padrón optara por abstenerse, votar en blanco o nulo, certifica, junto al agravamiento progresivo de la débile economía, que la república democrática reconquistada en 1983 está viviendo un clima de final de época. Sin un personal político confiable para la ciudadanía y sin horizontes de recuperación para la economía, vivimos bajo un doble *default*, económico y político.

La Ciudad Futura auspició y acompañó la gestación de la Alianza como un hecho propio, como una posibilidad abierta para un cambio republicano que despejara las brumas institucionales trenzadas por el menemismo y abriera, a la vez, caminos que desandaran la tremenda exclusión social forjada en los 90. Desde los días iniciales de la reunión en "El Molino" entre Alvarez, Storani y Bordón que tras el Pacto de Olivos abrieron la esperanza de una nueva convergencia, hasta la fundación de la Alianza y los promisorios éxitos electorales del 97 y del 99, esta revista fue jalando esa marcha entendiendo que una nueva etapa podía abrirse para el país. Hoy vemos que los resultados fueron ab-

elocuentes, que la percepción de la ciudadanía sobre la eficacia de la gestión política arrastra no sólo al gobierno de la Alianza –el principal derrotado– sino también a la vieja y nueva oposición que no fue capaz de canalizar rotundamente al descontento: la desafección ciudadana con la oferta política en su conjunto es la que promovió la fuga masiva al voto negativo y a esta percepción colectiva de punto final de una época.

Es verdad que la responsabilidad por esta crisis de la política no debe adjudicarse solamente a la impericia del gobierno. Además de tratarse de un fenómeno que sacude a todas las sociedades occidentales post *Welfare State*, en nuestro caso se ve agravado por la profunda recesión que nos aboga desde hace cuatro años y cuyo fin no se advierte en un futuro más o menos próximo. Agobiado por una deuda impagable, limitado en su capacidad de instrumentar políticas públicas por el cebo de la convertibilidad, quebrado en sus finanzas y con bajas oportunidades de inserción en este nuevo esquema del capitalismo globalizado, el Estado y la sociedad chatacean en un marasmo en el que la irritación contra los políticos es un costo casi inevitable.

Por todos estos elementos, la crisis es una crisis de época y culmina en esta doble decadencia, de la representación y también de la decisión. Así como la Argentina se vinculó exitosamente a la mundialización de finales del siglo XIX, hoy sus posibilidades de repetir esos rendimientos es muy baja. No estamos en condiciones sociales y culturales de convivir con salarios asistáticos o afrocanos (aunque progresivamente nos vamos acercando a ellos), ni tene-



mos bienes con posibilidad de valorizarse en el mercado mundial –como otrora lo fueran los alimentos, ahora bloqueados por el proteccionismo de los países centrales– ni menos capacidad de competir con productos industriales que, por el contrario, hoy nos invaden favorecidos por un libre comercio de una sola dirección. Hemos abdicado de toda autonomía y para la atención del mundo somos apenas el peor de los deudores. El capitalismo argentino, por su parte, a diferencia de otros congéneres cercanos, acentuó en esta etapa los rasgos rentistas que lo caracterizan desde sus orígenes, agrarios primero e industriales después. Hoy, cuando la forma financiera es la predominante en el capitalismo mundial, nuestra burguesía, subsidiaria y patrimonialista, abandona los riesgos de la producción y se encierra en la lotería especulativa: no es gratuito saber, como lo sabemos ahora, que la mitad de la deuda “externa” está en manos argentinas: casi 50 mil millones de dólares del ahorro nacional captados por intereses usurarios.

Un mundo ha concluido: el de la cultura industrial, de la cultura del trabajo, de la sociabilidad y la política ligadas a él. El mito de la burguesía nacional se pulverizó, el sindicalismo se desvaneció en luchas de defensiva, los partidos políticos perdieron su capacidad de innovación y una sociedad de actores se transformó en una sociedad de víctimas, con muy pocos grupos concentrados que obtienen ventajas de la crisis general. Estamos en un equilibrio de fondo de pozo: parafraseando a Gramsci diría que la actual es una crisis de hegemonía sin alternativas contrahegemónicas a la vista.

Las figuras de la decadencia son múltiples: económicas, sociales, de valores. En la percepción pública se enfatizan sus aspectos políticos y es lógico porque es la política la que

gestiona el movimiento de las sociedades y es en ella donde se centra el problema de la gobernabilidad. Hay crisis en la política porque hay crisis en el Estado. La crisis de la política, expresada en el doble nivel señalado, de la representación y de la decisión, no es otra cosa que la incapacidad de fijar metas y de movilizar a la sociedad tras ellas. Es el signo de la debilidad de lo público frente a lo privado, de la debilidad de la democracia frente al poder de los mercados.

Invertir esa ecuación perversa parece ser el único camino posible para evitar la marcha hacia el abismo. ¿Cómo hacerlo? ¿cómo recuperar la autonomía de la política, cuando es ésta la principal enjuiciada por la opinión pública, cuando es percibida como la responsable mayor del desastre? La Alianza quiso ser el instrumento de ese cambio y ha naufragado. Se inició, con todas sus limitaciones, como una promesa de centroizquierda y al poco tiempo, por errores propios, vale decirlo, mutó hacia la derecha con igual



perspectiva de fracaso. Lo que en un principio se planteaba como la construcción de una bipolaridad que cortara políticamente mejor a la sociedad argentina volvió a mostrarse con sus rasgos tradicionales de bipartidismo; en el gobierno un débil radicalismo de derechas con el aporte –ocasional?– de Cavallo y sus huestes, frente a una oposición peronista que retiene su caudal tradicional y que en el llano es populista y en el gobierno es conservadora.

El peronismo, con serios problemas de liderazgo que, de todas maneras, siempre resuelve mejor que otros partidos, es hoy sobre todo una liga de gobernadores que extorsiona al gobierno con la doble pinza de la agitación social de los sindicatos y el jaqueo político del Parlamento, al que controla en sus dos ramas. La única fortaleza del gobierno consiste en que los jugadores compiten en el borde del precipicio; pero eso sólo permite durar mientras todo se deteriora aceleradamente.

La ruptura virtual de la Alianza, iniciada con la renuncia del Vicepresidente y prolongada hasta hoy con el desgajamiento del Frepaso, ha dejado al radicalismo en una ambigua posición sobre la que deberá optar con urgencia: o perdurar en el aislamiento junto al gobierno o re cobrar su autonomía en nombre de su programa histórico y de su compromiso inicial con la Alianza. En este sentido, cuando el gobierno se ha vaciado de sus contenidos primarios, cuando el Frepaso ha iniciado una diáspora sin destino cierto, cuando Elisa Carrió intenta, con dificultades, repetir los ensayos hacia una tercera fuerza electoral, cuando el radicalismo se ha dividido virtualmente en una ala oficialista y en otra crítica y el peronismo parece buscar el colapso institucional, ¿es posible y aun deseable volver a la Alianza original?

En 1997 el sistema político argentino inició un camino que hoy

parece interrumpido pero que marca una innovación, como síntesis de otras, en el terreno de la nueva democracia argentina: el alineamiento de fuerzas en un esquema bipolar de coaliciones. Con la experiencia menemista el peronismo optó por abrir sus fronteras hacia la derecha, mientras la Unión Cívica Radical, con la constitución de la Alianza miró hacia su izquierda y el país político sufrió una modificación encuadrándose en una nueva cultura de coaliciones. Triunfó la que fue considerada por el electorado como de centroizquierda, con el grave *handicap* de que su candidato, en un sistema rigidamente presidencialista, era el principal representante del ala conservadora de su partido. Desde ese dato pueden explicarse muchas cosas pero no todas las razones del fracaso de la Alianza; inclusive, si la ideología del Presidente y de su corte llevaban rectamente a ese viraje, queda por establecer la responsabilidad de quienes no supieron oponerse con firmeza en el momento oportuno a ese desenlace

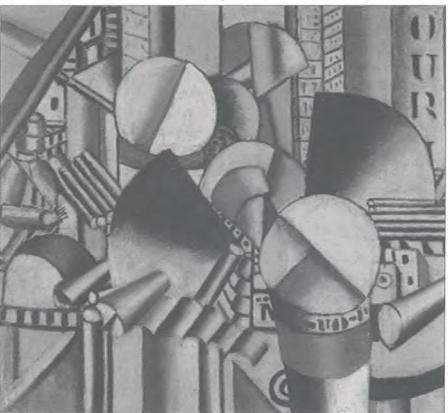
y prefirieron retirarse o deshacerse del compromiso fundacional de la coalición.

Más aun, el tema puede ahondarse porque en las condiciones de la crisis presente, generada por la irresponsabilidad con que la dirección peronista asumió las necesarias reformas de la década del 90, la debilidad de la Alianza fue habérse constituido en coalición política sin tener por debajo una sólida coalición social. La Alianza tuvo un movimiento en las alturas, respaldada en una difusa voluntad ciudadana pero sin soportes sociales orgánicos. Es claro que en el mundo en que vivimos, de disolución de los grandes actores, la tarea no es sencilla desde el llano pero no es imposible desde el gobierno, a partir de una estrategia de construcción de poder. Eso, que instrumentó eficientemente el menemismo para sus fines, no lo hizo la Alianza para los objetivos que propuso a la ciudadanía: vivió la inercia de la misma coalición social triunfante en la década anterior, liderada por el ca-

pital financiero en desmedro del productivo.

Si ese giro no se produce es inútil pensar en una coalición progresista en la Argentina: no hay posibilidades de una transformación de la política si no va acompañada de una reconstrucción de la economía con un bloque social que la respalde. Por eso mismo la reconstrucción de una coalición innovadora no es sólo una operación política, aunque deba partir de la política. En ese sentido la vuelta a la Alianza original aparece, por varias razones, como un objetivo limitado, porque en lo político debería ampliarse y en lo económico-social debería constituirse como alternativa con bases en fuerzas sociales. Ya no alcanza, como parecía a fines del menemismo, con un discurso republicano sin un programa de transformaciones estructurales.

En las condiciones actuales, que se agravan día a día, la gobernabilidad del sistema es una ilusión que se esfuma. Un gobierno aislado de las bases que lo ungieron y una oposición irresponsable que controla el Poder Legislativo, conforman una fórmula explosiva que más tarde o más temprano habrá de hacer estallar al sistema político. La crisis de las grandes fuerzas políticas, que ha golpeado más fuertemente a la UCR y al Frepaso pero que no ha dejado indemne al resto, debería dar lugar a nuevas operaciones de recomposición que tracen nuevas fronteras de la política y de la economía. Una reprogramación de la sociedad, posterior al inevitable *default* en el que remate la insopitable crisis que nos agobia, deberá tener un paralelo de reformas institucionales que faciliten una flexibilización del presidencialismo y un realineamiento político –a la italiana?– que corte a la sociedad en dos grandes coaliciones, para lo cual la experiencia fallida de la Alianza debería servir, todavía, de espejo.



¿Qué queda después de Chacho Alvarez?

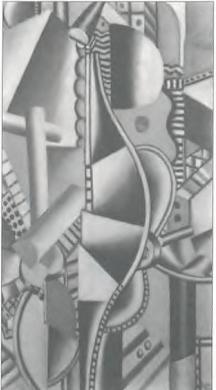
La renuncia de Chacho Alvarez a la vicepresidencia de la República y posteriormente a la conducción del Frepaso, sumadas al fracaso de la Alianza en el ejercicio del gobierno nacional, señalan la clausura de un ciclo para las fuerzas de la centroizquierda.

Edgardo Moccia

El discurso predominante en las despedidas fuerzas que animaron la experiencia política más importante y novedosa de los 90, insinúa una peligrosa regresión contestataria y testimonial que amenaza retrotraer al progresismo argentino al paisaje de marginalidad e impotencia en el que vivió buena parte de su historia. El marcado retroceso electoral es un índice de la tendencia a la que la izquierda reformista vuelva a relegarse en una identidad difusa y políticamente irrelevante.

No sin legítimas razones, el consutor y líder del Frepaso y principal arquitecto de la Alianza, es objeto de airadas críticas en el arco político que lo tuvo durante años como referencia excluyente. Sin embargo, ese amplio frente cuestionador diverge a la hora de precisar las causas de sus reproches. Algunos le critican lo que consideran un prematuro desembarco del gobierno, otros consideran que la Alianza, su creación, estaba fatalmente destinada al fracaso. Tal vez sea éste un momento oportuno para pasar revista a los trazos centrales de la novedad política que el discurso de Chacho introdujo en la tradición ideológica de la izquierda argentina.

La escisión peronista que, bajo el nombre de Grupo de los Ocho, abandonó el PJ a principios de los 90, empezo siendo una redención del conocido fenómeno de las corrientes que emigran del justicialismo en busca del "peronismo verdadero".



truir una nueva fuerza política montada sobre el discurso clásico del nacional populismo estaba definitivamente agotada.

Chacho movió bruscamente el timón. Saltó del corralito histórico de las propuestas de la izquierda y del peronismo rebelde, para ir en busca de un nuevo interlocutor social. El Pacto de Olivos y las elecciones para constituyentes de 1994 marcaron el punto de inflexión político y electoral del viraje. El Frente Grande desplazó entonces el centro de su mensaje hacia los contenidos institucionales y republicanos: la concentración de la riqueza, la desigualdad y la corrupción no aparecen como frutos inevitables de un "modelo" o de "un sistema". La crítica se concentra en un modelo de gestión política de las reformas estructurales; el adversario es el "capitalismo de los amigos", la falta de imperio de la legalidad, la opacidad de los procesos de privatización con su generoso, reparto de prebendas que permitió la reproducción de un poder orientado hacia el hegemonismo y la arbitrariedad. El progresismo no creció con la "crisis del modelo" según auspiciaba el conglomerado canón de la izquierda tradicional; dio su salto electoral en pleno auge económico colocando una nueva agenda política e institucional. En lugar de discutir un modelo económico, decía el líder frentista, se trata de discutir un proyecto de país. Los temas de la estabilidad económica, la apertura al mundo, la necesidad de una reforma del Estado orientada a su modernización, históricamente ajenos al repertorio ideológico de la izquierda, pasaron a integrar la agenda de la polémica antinememista.

El Frente Grande esgrimió profundas razones éticas. Pero no hizo, en general, una reducción moralista

de la política. No dividió al universo político en los imposibles campos de los decentes y los indecentes. Inscripto el argumento moral en una reinterpretación del conflicto político argentino. Convocó a una recuperación de la autonomía de la política con relación a los grupos económicos y a las corporaciones; desde allí concibió posible la recuperación de la transparencia en los asuntos de la república. Cuestionó a los políticos tradicionales y llamó a una imprecisa —y acaso engañosa— "nueva manera de hacer política", pero no impugnó en bloque a la "clase política" ni apostó a su implosión indiferenciada. No estabamos frente a un "estado mafioso" sino ante una democracia débil, de insuficiente institucionalidad, relativamente indefensa en surelación con las masías.

Nacía un reformismo "minimista". Lo que en palabras de Rorty podría llamarse "izquierda de las campañas". Es decir una acción en procura de objetivos concretos y visibles, cuya conquista va alterando el paisaje social y no ante un proyecto refundacional orientado al "cambio de sistema", lo que Rorty llama "la izquierda del movimiento". Detrás de esa facilidad comunicativa ampliamente reconocida a Chacho había algo que fue menos admitido: un mensaje de época, una apelación a los clivajes verdaderamente operativos de la Argentina de fin de siglo, una transgresión hasta provocativa contra los clichés de una izquierda porfiada en vivir fuera de su tiempo. Era el lenguaje, las señas de identidad de una izquierda moderna (postautoritaria), la llámó alguna vez Martín Plot.

Esa izquierda moderada, *aggioriana*, minimalista (todas malas palabras para el sentido común de los años setenta) dejó de utilizar la demagogia del adversario político; desapareció la retórica del "enemigo" y se instaló la cultura del reconocimiento a la legitimidad ajena. No le

estaban vedadas las maniobras y las alianzas mientras pudieran inscribirse en el sentido general de reformas políticas, sociales e institucionales que condujeran a una democracia más sólida y a un país más justo. Así se impulsó la reunión del Molino con Bordón y con Storani; así nació el Frepaso, como alianza del Frente Grande y el PAIS del dirigente peronista mendocino. Todo ante cierto estupor de buena parte de la feligresía frentista que asistía a cambios bruscos, inconsultos y solamente tolerables por esa virtud central de la política: su éxito práctico.

Fueron los resultados políticos y electorales y no las convicciones ideológicas los que facilitaron la solución de los conflictos internos del Frente Grande a favor de Chacho Alvarez. Esa fue la llave que le permitió desplazar a los comunistas y al sector de Fernando Solanas, identificados ambos con los motivos clásicos del antimedio y el antímporalismo. La intuición táctica, la capacidad para moverse en un ambiente incierto y cambiante, la plena libertad de movimientos cons-

tituieron un liderazgo excluyente y novedoso. No crecía un nuevo partido: se desarrollaban unas pocas figuras capaces de simbolizar una propuesta política ante una ciudadanía cada vez más convertida en audiencia televisiva.

De todos los acentos del discurso chachista había uno que se constituyó rápidamente en su eje central: había que construir un progresismo de mayordomos y de goberno. Era hora de terminar con el estereotipo de los buenos opositores, denunciantes heroicos y testigos fieles del drama popular. Había que ganar el gobierno. Esta idea, asociada a un dibujo del mapa político que dividía las aguas entre el hegemonismo injusto e institucionalmente depredador expresado por el nememismo y las fuerzas que querían una administración socialmente más equitativa de los cambios estructurales y equilibrios institucionales que asegurara una mejor calidad de la democracia, fue la que llevó —a través de vicisitudes conocidas— a la creación de la Alianza.

Este proyecto —una de las dos



novedades centrales de los años noventa; la otra es el menemismo— ha sufrido una grave derrota provisoria. No es el objeto de estas líneas el análisis de la experiencia de gobierno de la Alianza ni la exploración de las causas que condujeron a la coalición a uno de los más vertiginosos procesos de deterioro político que conoce nuestra historia. Lo importante—lo lamentable según este punto de vista—es que el fracaso de la experiencia tiende a arrastrar a los enunciados políticos que la hicieron posible. El reformismo antidogmático, renovado y abierto a los cambios de época ha sufrido un revés que tal vez sea más importante que el de por sí desastroso resultado electoral de la Alianza.

Los vientos soplan hoy en otra dirección. Alentada por una crisis económica y social de gravedad y duración inéditas, revive hoy la retórica clásica de la izquierda y del

populismo. En sorprendente armonía con las declamaciones populistas y antieuropeas de Duhalde, muchos de los actores del drama que encabezó Chacho abandonan el librito del progresismo responsable y audaz para recalar en el criterio “antimodelo” que no deja oír detrás de sí ninguna proposición medianamente comprensible. Como decía Marx de la burguesía francesa en los meses previos al golpe de Napoleón III, el progresismo parece preferir “un final terrible antes que un terror sin final”. Lo más peligroso es que esa política de la desesperación pueda empalmar con un clima social de hastío e indignación, propenso a los saltos en el vacío.

Asistimos, pues, a una resurrección, ojalá que fugaz, del nacionalismo y del populismo. Se vuelve a la utilización de la de la justa y legítima protesta social como palanca para una política cuyos fines

no resultan claros. Resurgen las clásicas apelaciones a la recuperación moral de los argentinos en contra de la política venal y corrupta (¡cuántos golpes de estado le han puesto música de marcha militar a esos lamentables versos!). Las alianzas amplias, las propuestas concretas e innovadoras y la creatividad política están en declive. Es un declive que acompaña a otro: al de la política y al de los partidos, convertidos —no sin haber acumulado importantes razones para ello— en chivos expiatorios del malestar popular.

Es posible recuperar el proyecto que encarnó Chacho, después de este doloroso fin de época? Las conjeturas a este respecto no pueden formularse en el vacío. Mucho dependerá del desenlace de esta crisis que en el momento de escribirse estas líneas alcanza uno de sus picos más dramáticos. El progresismo, fragmentado y en retroceso como está, no tiene posibilidades de ejercer influencia alguna en este desenlace. El peronismo, victorioso en las urnas, maneja una vez más todos los hilos de la situación. Provisoriamente nos queda el sitio consolador de la protesta cada vez más privada y menos audible. Si el desenlace tiene la forma de una catástrofe, el futuro es, desde ya, impredecible pero es fácil deducir que nada bueno nos espera. Si la crisis alcanza a ser manejada de manera medianamente equilibrada, entonces será el momento de un debate público sobre el porvenir de una alternativa progresista.

Sería un error encarar ese debate sin una referencia crítica a la experiencia de los últimos años. Sería un error confundir el ocaso—provisorio o no—de una figura política con la irrelevancia de su aporte al patrimonio ideal del progresismo. Claro que de aquí no se desprende la idea de la repetición mecánica de lo vivido. La gran cuestión que parece quedar planteada es el tipo de liderazgo que

requiere la recomposición del espacio político cultural de centroizquierda y, paralelamente, el tipo de institucionalidad que pueda hacerlo viable. Dicho de otro modo: cómo facilitar un liderazgo eficaz e imaginativo en el marco de instituciones partidarias que articulen las iniciativas y garanticen un mínimo de continuidad y coherencia a la acción política. La experiencia del Frente Grande no es muy propia en ese sentido: producto de un nuevo discurso de época, esta fuerza quedó atrapada en una lógica caudillista y movimentista, y resultó, en los casos en los que se organizó como partido, un calco empeorado de las experiencias de las fuerzas tradicionales. Sin un partido ágil, dinámico, capaz de producir un clenco de cuadros dirigentes, es impensable la afirmación de un proyecto de centroizquierda; las gruesas carencias del Frente Grande en esos aspectos tienen también mucho que ver con el estilo de Chacho Alvarez.

La recuperación del progresismo es difícil pero posible. Aun todo tiene que encarnarse con la voluntad de poder que hace de una fuerza política algo más que una referencia cultural. Y esta voluntad de poder debe ser traducida en la forma sencilla y accesible del “buen gobierno”. Hay una cantidad de poderes locales—entre ellos nada menos que las ciudades de Buenos Aires y Rosario—que pueden convertirse en laboratorios políticos de buen gobierno progresista. Todo indica que el éxito de esas administraciones es decisivo para que la recomposición del progresismo sea más que una retórica nostálgica por la oportunidad perdida.

Si la Argentina logra correrse del borde del precipicio se impondrá seguramente la necesidad de una reflexión colectiva sobre la experiencia que este comentario reseña en forma nada neutral ni desinteresada. □

El quebrado espejo del futuro

El nuevo laborismo y la experiencia de la Alianza

Durante la campaña electoral de 1999, un grupo de asesores del actual Presidente argentino buscó afanosamente inspiración estratégica para sus tareas en la experiencia del Nuevo Laborismo británico.

Alejandro Bonvechi

E sta búsqueda, que incluyó desfiles de lecturas hasta repetidos encuentros con *advisors* de Tony Blair, dio lugar a experimentos retóricos y a jugadas políticas en las que pudo entreverse la secreta pretensión de aquellos asesores: hacer de la trayectoria del Nuevo Laborismo el espejo del futuro de la Alianza. El ulterior resultado de este afán estimula la presente revisión de su consistencia.

El espejo deseado

Como se sabe, el ascenso de Blair al gobierno en 1997 estuvo precedido por una profunda renovación del Partido Laborista. Electo líder en 1994, Blair había comprendido que para volver a ganar una elección el

laborismo debía hacer sus algunas de las reformas introducidas por los gobiernos conservadores desde 1979. Las repetidas victorias de Thatcher y Major habían persuadido hacia tiempo al liderazgo laborista de que los éxitos conservadores no se debían sólo al carisma —del cual Major carecía— ni al apremio de situaciones críticas —que habían quedado atrás luego de la Guerra de Malvinas—. Los conservadores habían introducido cambios estructurales en la sociedad británica y si el Laborismo quería ser gobierno debía hacerse eco de esas transformaciones. Tras ese objetivo, Blair condujo al partido hacia el centro y presentó cada paso en esa dirección como una modernización interna que anticipaba la modernización que su victoria traería a Gran Bretaña.

Los hitos de la modernización



partidaria son conocidos: eliminación del ya desusado compromiso partidario de estatizar los medios de producción; purga de los dirigentes más afines al sindicalismo; introducción del discurso sobre la "tercera vía". Su continuidad en la gestión de gobierno es, quizás, menos sonada, pero sus mojones no fueron menos relevantes para los estrategas de la campaña argentina.

El "conservadurismo fiscal", sustituto de la anticuada socialización, fue la línea de demarcación que permitió a Blair obtener el apoyo activo de la comunidad empresaria y financiera. A la aversión por cualquier incremento de impuestos que castigara a las clases medias y altas implicaba en esta consigna, el Nuevo Laborismo agregó la cuestión de la reforma de los servicios públicos: la introducción de criterios de *management* privado en la administración y en el Servicio Nacional de Salud, la asociación con capitales privados para explotar empresas, como el subterráneo de Londres, o hacer obra

pública, como el Domo del Milenio.

La aceptación entusiasta de la globalización fue utilizada a la vez como una dirección para la política internacional y como una línea estratégica para las políticas sociales. En el plano internacional, aceptar la globalización implicaba profundizar los lazos con Europa –y de paso contribuir a la feroz división sobre el punto que agitaba a los conservadores. En las políticas sociales, implicaba concentrar los fondos públicos en lo que se denominó "el desarrollo del capital humano": la educación terciaria, la capacitación de jóvenes y desocupados, el fortalecimiento del secundario y de las políticas de empleo. Ambas líneas convergían en el mantenimiento de un mercado laboral flexible –otra herencia conservadora– y en la promoción de empleos calificados y semi-calificados en empresas pequeñas y medianas como ventajas competitivas británicas frente a las europeas.

El marketing político fue la herramienta preferida tanto para orientar a la opinión pública como para ejercer el liderazgo partidario. Los *spin doctors* de Blair y su entonces vocero Alastair Campbell, consiguieron articular un manejo táctico de los medios que combinó la pautada difusión de noticias con el control de daños. Un inédito ejército de asesores de imagen copó la oficina del Primer Ministro e intentó, con éxito variable, ordenar la discusión pública y mantener la iniciativa. Este recurso no siempre potenció a los anteriores, pero logró mantener la popularidad de Blair y hacer de su gobierno un protagonista activo de la vida pública británica.

El reflejo intentado

Los asesores de Fernando de la Rúa hicieron ingentes esfuerzos por emular las estrategias y tácticas de Blair. En el comienzo, sus experimentos fueron retóricos. Para eludir discusiones sobre el "modelo económico", sugirieron que el candidato hablaría más bien de un "nuevo camino" al desarrollar, proponiendo una senda de "crecimiento con equidad", que incluyera a todos, y no una fiesta para pocos. Un nuevo camino que proponía el candidato, Fernando de la Rúa y no tanto la Alianza –remarcaron los asesores–, a la que se mencionaba poco, a diferencia de Blair con el Nuevo Laborismo.

Casi simultáneamente, la tentativa fue organizativa: en el entorno del candidato comenzaron a destacarse jóvenes profesionales, algunos ligados a la comunicación social, que luego monopolizaron las tareas de difusión del gobierno. Como los *spin doctors* británicos, los *sushi* intentaron pautar los contenidos y el ritmo del debate público con *spots* y declaraciones que combinaron iniciativas de políticas públicas con gestos de posicionamiento de la autoridad presencial.

Sólo al promediar el 2000 pudo vislumbrarse con claridad el intento

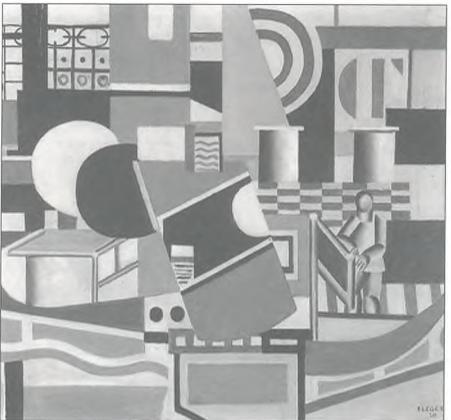
de emulación estratégica. La maquinaria comunicacional mostró a rabiosos voceros del conservadurismo fiscal abogando por el ajuste de salarios públicos, frente a una resignada Alianza que lo anunció en pleno, salvo la ausencia del Presidente, cuya autoridad debía ser preservada para nuevos eventuales ejercicios. El entorno presidencial comenzó a mirarse en el espejo del futuro con un solo ojo.

El espejo quebrado

El reflejo, sin embargo, insistió en mostrarse elusivo. Blair siguió durante su primer período de gobierno un permanente "extremismo de la prudencia". Mantuvo políticas monetarias y fiscales conservadoras, pero no avanzó sustancialmente sobre la reforma de los servicios públicos. Declamó persistentemente su interés por la educación y la capacitación, pero no implementó medidas financieras ni organizacionales que resolvieran los déficit hereda-

dos de la gestión conservadora. Promovió los vínculos con la Unión Europea, pero no concretó el acuerdo monetario. Cooperó con los liberales demócratas en la devolución de poderes a Escocia y Gales, pero no profundizó las coincidencias hasta forjar una amplia coalición anti-conservadora. Diseñado para no incomodar a ningún segmento de votantes, el "extremismo de la prudencia" no logró infundir la idea de que el gobierno había cumplido con su mandato, pero alcanzó –frente a la deleznable campaña conservadora– para asegurar a su remozado partido un segundo gobierno consecutivo por primera vez en su historia.

De la Rúa practicó otro extremismo. Imposibilitados de encumbrarlo como líder de la Alianza, sus asesores pergeñaron la estrategia de revertir la secuencia del Nuevo Laborismo: en lugar de renovar la coalición partidaria para derrotar a un gobierno de otro signo, el gobierno debería renovarse a sí mismo para



derrotar a su propia coalición partidaria. El Presidente llevó a cabo –personal y indirectamente– esta estrategia en cuanta ocasión se presentó. Los resultados, empero, no fueron exactamente los previstos. El gobierno arrasó con la Alianza, pero en su nuevo camino también se perdió a sí mismo. Aferrado con ferocidad a una política fiscal conservadora, De la Rúa lució la autoridad presidencial en una versión criolla del equilibrio del terror. Como el poder nuclear, la voracidad implacable de la crisis financiera disuadió tanto a la oposición como a la desarrancada coalición de gobierno de cualquier cooperación en contra de un Poder Ejecutivo cuya permanencia logró mostrarse como una de las últimas fronteras antes del caos. Pero peor que en aquel mundo de la Guerra Fría, la disusión no ha eliminado la certeza lúctica de que el destino –de la Argentina, de su gobierno, de su economía– depende precariamente de volátiles voluntades adversas al riesgo y no ya de las decisiones de los representantes del pueblo.

Al revertir la secuencia del Nuevo Laborismo, el jefe del gobierno que nació bajo el signo de la Alianza destruyó la oportunidad no sólo de encontrar en su futuro el reflejo del ambiguo progresismo de Blair, sino lisa y llanamente, la de encontrar reflejo alguno. En su segundo gobierno, Blair parece estar abandonando el extremismo de la prudencia. Que sus políticas –avanzar en la reforma de los servicios públicos, atacar los problemas financieros del sistema educativo, plebiscitar la integración monetaria con Europa– terminen por reproducir el cuidadosamente cultivado equilibrio entre conservadurismo económico y reformismo político está por decirse. Que el gobierno de De la Rúa pueda reconstruir el espejo quebrado de su futuro parece, en cambio, una especulación ociosa. □

«El fin de la paradoja de la democracia brasileña?»

El PT ante la chance de un cambio histórico

Brasil sólo puede ser gobernado con éxito en una estrategia de crecimiento y equidad, por una coalición que forje las condiciones para concretar una profunda transformación de su estructura fiscal, que hoy sólo es un mecanismo reproductor de la inequidad social y de la irresponsabilidad política.

Vicente Palermo

Quiero ser optimista con relación al Partido dos Trabalhadores (y me permito opinar sobre qué tendría que hacer). En mayo pasado, el politólogo Fábio Wanderley Reis presentó públicamente (*Forum Nacional, Rio de Janeiro*) algunas ideas sobre la estabilidad democrática en Brasil. Su conclusión fue duditativa: "...a indagação sobre como vai a democracia brasileira, se lida com os olhos postos no futuro, não parece comportar respostas categóricas". Una de sus dudas, quizá la más aguda, se refiere a una eventual victoria del Partido dos Trabalhadores en 2002, ya que "o partido ainda se encontra às voltas com a tensão entre o projeto revolucionário de suas origens recentes e o eventual compromisso real com os princípios liberal-democráticos". Dicha tensión, asociada a lo que el autor denomina "estreitamento de opções que o novo quadro mundial e seus reflexos ideológicos representam" y al "complexo de sublevação" que existe, según él, en el "establishment socioeconómico do país", justificarian algunas "reservas quanto às perspectivas de que um Lula ou assemelhado assuma o poder presencial e o exerça sem mais até o momento de transferi-lo ao sucessor". ¿Cree acaso Reis que el PT sea propenso a subvertir la democracia en caso de llegar al gobierno federal? En una entrevista posterior (*O Estado de São Paulo*, 29/07/01), es preciso en cuanto a los

motivos por los cuales considera que no deba darse por descartado que, en caso de un triunfo electoral, Lula vaya a completar su mandato: no se trata tanto de la eventualidad de un golpe militar clásico, sino de "manobras institucionais mais ou menos artificiais", que, como el parlamentarismo, podrían procurar obfuscuar la continuidad de un gobierno petista. Y posteriormente explica que su propósito era sugerir al partido una "pitada prudente de paranoia" para realizar "a proeza de encontrar o rumo moderado e viável sem que ele redunde na pura



capitalização e no comprometimento dos seus traços positivos" (*Folha*, 19/08/01).

Es difícil saber si las previsiones de Reis son o no exageradas; de cualquier modo, que son pertinentes, y que, de un modo u otro, los principales líderes del PT tienen preocupaciones semejantes, se hace patente en diferentes formas de posición pública del partido así como en las reacciones que suscita.

En junio pasado, Wanderley Guilherme dos Santos (otro Wanderley, pero quien supongo no requiere presentación para los lectores), escribió en una nota periodística (*Valor*, 28-06-2001, O PT está caindo no ardid no PSDB): "De todos los partidos y candidatos, el PT fue el único que se enredó en la trampa situacionista. Dando crédito a las críticas habituales de que no dispone de un programa alternativo, de que propone políticas económicas financieramente irresponsables, además de flirtar con la hipótesis de una gran moratoria nacional e internacional, el PT respondió con un documento que desagrado a tírios sin convencer a troyanos. Desde entonces, se enredó todavía más. El ardid en que cayó es simple, pero eficiente..." El resto de la columna explica con perfecta elegancia todo lo que los argentinos conocemos quizás demasiado bien: el chantaje de los "mercados", de los formadores de opinión y de los líderes de la "situación" y los esfuerzos penosos de adaptación y de procure de credibilidad. Tal vez deba señalar que cuando Wanderley dice todos los partidos y candidatos, probablemente se hace el distraído, ¿quiénes son los otros? Los proto-candidatos situacionistas, que de momento no necesitan hacer ese esfuerzo, dado que no hay en Brasil quien no los

considera, poco más o menos, en perfecta sintonía con el FMI, y los candidatos opositores ya lanzados: Itamar Franco (un populista sin luces y sin una sola idea política clara), Ciro Gomes (un populista de centroizquierda sin partido que lo único que hoy por hoy le preocupa es afirmar su candidatura en las encuestas) y Garotinho (actual gobernador de Río de Janeiro, que –no sé por qué motivo– considera que merece y puede ser presidente de Brasil y que tiene el mismo problema de Ciro Gomes).

Pero Wanderley no es el único: Delfim Netto (¡sí! el viejo ministro de Economía de la dictadura militar, que consiguió desplazar a Mario Henrique Simonsen para devaluar a lo grande, como exigían los empresarios paulistas) sostiene mordazmente: "El programa económico presentado por el PT es muy razonable. Prueba de que hasta el PT aprende. Es igual al programa de Fernando Henrique. Hicieron las paces con el mercado." (*Jornal do Brasil*, 1-07-2001. O governo estrepou o Brasil). Después agrega que esto es lógico porque si quieren invertir en lo social a tener que generar fondos doblando el esfuerzo privatizador, y no se abstiene finalmente de inyectar su veneno: "Pero [...] ese programa va a ser masacrado por los chiflados del PT". O sea, mejor otra opción electoral, porque el PT da lástima: quiere hacer buena letra, pero no va a poder. Según Delfim, los líderes responsables del PT no solamente se prostituyen, lo hacen inútilmente.

En resumidas cuentas, la izquierda brasileña se encuentra en una de esas coyunturas, tan familiares, en que las condiciones de eventual llegada al gobierno definen en gran medida las posibilidades de gobierno. Y dentro de esto para mí es imposible no tener *mixed feelings* con relación a lo que sucede con el PT. No se trata de la bohemia políti-

ca del Frepaso, y sin embargo está asimismo entre la sartén y las brasas; me preocupo, por un lado, sus esfuerzos de sobreadaptación y, sin embargo, por otro, me siento inclinado a abrirle de nuevo la puerta a la weberiana esperanza, defendiendo lo que hace el PT, en procura de ganar una indispensable credibilidad.

¿Por qué tanto esfuerzo para ser creíble? Sí, es lo que el lector está pensando: el Partido dos Trabalhadores, con la candidatura de Lula –por cuarta vez!–, está consciente de que puede ganar las elecciones para el gobierno nacional el año que viene. No es seguro, desde luego. Pero hay buenos motivos para creer que esta vez el PT podría perforar esa capa de votos anti-PT y anti-Lula, que en las y otras ocasiones se mostró decisiva en las opciones electorales polarizadas (primero contra Collor y luego, en 1994 y 1998, contra Fernando Henrique). Un signo de ello es el respaldo que las

iglesias evangélistas, cuyos líderes recurrentemente han estimulado entre sus fieles el miedo al PT como si fuera el *Bicho Papão* (nuestro familiar Cuco), esta vez estarían dispuestas a darle. No sabemos qué ocurrirá con las intenciones de voto cuando, al final, la coalición actualmente gobernante tenga su propio candidato (y no es seguro aunque vaya a ser un candidato respaldado por todos los partidos de dicha coalición). Pero, de hecho, algo de interés hay en el horizonte electoral brasileño: la posibilidad de que una coalición anti-PT termine, en una segunda vuelta electoral, no siendo capaz de reunir los votos necesarios para mantener nuevamente a Lula lejos de la presidencia. Esta novedad puede ser en parte resultado de méritos del PT (el partido se fue transformando en los últimos años: goberna muchas ciudades y varios estados y después de todo no lo hace tan mal; es cada vez más difícil que la gente vea en Lula a un peligroso



revolucionario, etcétera). En mayor medida es sin duda consecuencia de las circunstancias por las que atravesó el gobierno: dos presidencias de Cardoso, ocho años de reformas liberalizantes ("neoliberales", para sus críticos) y estabilidad macroeconómica (actualmente en peligro, es verdad), bajos índices de aprobación de la gestión presidencial, a la que, con razón o sin ella (personalmente creo que sin razón) se le atribuye un compromiso tan excesivo con la estabilidad financiera como lo sería su falta de compromiso con "lo social", y muy grandes dificultades para encontrar una candidatura que resulte aceptable para todos los aliados y al mismo tiempo electoralmente atractiva (esto, por no hablar de los problemas de corrupción, que tienen un enorme eco en los medios masivos y que afectan principalmente a los tres partidos coaligados: el PSDB, el PFL y el semiptero PMDB), y de seguridad (con razón o sin ella el gobierno federal es elegido como el principal responsable). Con la perspectiva que de el paso del tiempo, creo que el gobierno Cardoso será recordado como un exitoso gobierno modernizador; hoy por hoy, es posible que en muchos electores el deseo de desplazar a las élites partidarias actuales sea mayor que los temores o la incertidumbre que pueda inspirarles el Partido dos Trabalhadores. Más que cualquier otra cosa, es la promesa que trae esta novedad política la que hace que el PT camine como en campo minado (lamentablemente hay que admitir que de vez en cuando pisa todavía algunas minas): sabe que seducir a ese electorado esquivo, así como evitar que el gobierno agite el fantasma de una fuga de capitales o que ésta se produzca porque los inversores financieros se asusten "porque sí" del PT, son cosas difíciles de conseguir y, sobre todo, de mantener a lo largo de una prolongada campaña electoral, en la que pesa-

rán mucho las contingencias hasta último momento.

El problema que hay detrás de todo esto no es, y supongo que no será necesario enfatizar este punto entre los lectores de *La Ciudad Futura*, una supuesta irreductibilidad socialista-revolucionaria, antimercado y anticapitalista o una no menos supuesta incompatibilidad del partido con la democracia liberal. Quizás estas dudas podían ser pertinentes en los 80. Pero, como lo resume bien un estudio del tema, "os anos 90 trouxeram grandes mudanças no interior do PT. A vitória eleitoral em cidades como São Paulo, em 1988, a queda do muro, em 1989, a retração dos sindicatos a partir de 1990, além da evolução ideológica de parte dos fundadores e dirigentes, determinou uma nova configuração de forças no petismo. Em 1991, foram aprovadas resoluções que consagram a alternância democrática no poder e a aceitação do mercado. Essas duas novidades



levam o PT para a vizinhança de outra concepção revolucionária: a de transformações que se espalham no tempo e que ao cabo de um período longo chegam a mudar aspectos fundamentais da sociedade... porém nunca por decreto. Está se falando de criar um mercado socialmente orientado, no interior do qual novas relações de produção disputem o terreno econômico com as formas capitalistas, que serão deixadas livres, contudo, para continuar a existir. Desde esse ponto de vista, o PT ainda é um partido comprometido com transformações profundas, porém dentro da ordem democrática, com preservação das liberdades civis e do Estado de Direito." ("A raiz do Brasil ao quadrado", André Singer, *Conjuntura Política*, setembro 2001, N°29). Otro analista, duda inclusivo de que las definiciones más recientes del PT "articulem no seu interior una perspectiva de conflitos cuja dinâmica apontem para un transcrescimento en direção à superação do sistema..." ("A evolução programática do Partido dos Trabalhadores", Carlos Henrique Goulart Árabe, *Conjuntura Política*, setembro 2001, N° 29). Considerando otras experiencias nacionales de partidos "socialistas y obreros" a los que no les fue tan mal gobernando, el anuncio de estas orientaciones no tiene nada de amenazador para el capitalismo como tal. Tomando en cuenta la evolución programática de largo plazo del partido (si es que corresponde tomarse en serio el programa de un partido), se registra un progresivo distanciamiento de la temática socialista. Así lo ejemplifica el documento "Um Outro Brasil é Possível", del que muchos observadores afirmaron que se constituiría en una especie de "deus ex socialismo" y en una expresión definitiva del carácter *light* del partido.¹

Creo, en cambio, que el PT enfrenta por lo menos tres posibles problemas, a todos los cuales debe-

rá prestar atención ahora y no dejar que crezcan hasta que, en una eventual victoria el año próximo, se conviertan en insolubles.

El primero es el de las expectativas del electorado, de sus bases sociales y de sus propios cuadros. Controlar en la propia campaña la generación de expectativas es crucial para que, llegado al gobierno, el PT haga lo que se espera de él. Si el partido, en su búsqueda de acrecentar el respaldo electoral y mientras procura no ahuyentar a los inversores, es demasiado ambiguo, si se mantiene en un nivel de indefinición excesivo, las expectativas sobre lo que querrá hacer en su gobierno surgirán de todas maneras, de un modo en que estarán de antemano condenadas a no ser cumplidas (suficiente como ilustración puede ser recordar el potencial de presión instalado en el propio sector público). Esto será muy malo porque debilitará su capacidad de gobierno y su capacidad de mantener un buen rumbo, los mejores dirigentes petistas se pondrán muy nerviosos y todo eso facilitará las cosas a los sectores internos que, hoy por hoy, en un plano bastante secundario, podrían empujarlo entonces en direcciones equivocadas.

Esto se relaciona directamente con el segundo problema, la elección de una agenda de gobierno correcta: el peligro no es el socialismo o el anticapitalismo revolucionarios, sino el nacionalismo antimercado y antiglobalización. Nótese que la situación macroeconómica brasileña es muy complicada, potencialmente disruptiva; políticas macroeconómicas poco comprometidas con la estabilidad, tanto como posiciones recalicitantes (como un rechazo militante a las perspectivas de integración económica, en lugar de encarar negociaciones constructivas) de raíz ideológica frente a la globalización, podrían tener un efecto pésimo (inflación sin crecimiento y sin aumento

del empleo). Creo que el énfasis de un gobierno del PT debería estar colocado en cuestiones de construcción institucional del Estado brasileño, de gobierno de la ley y de eficacia de sus políticas sociales, así como de generación de condiciones de eficiencia económica de largo plazo, indispensables para un crecimiento con equidad y un fortalecimiento de la ciudadanía.

El tercer problema es el de acer-

tar en la creación de condiciones político-institucionales apropiadas para un gobierno nacional del PT. Esto es, encontrar una fórmula adecuada para dar cuenta de la construcción de una coalición de gobierno. El PT carece de experiencia de gobierno federal (y su candidato a presidente de toda experiencia ejecutiva), pero es difícil que ignore que, en el mejor de los casos, una presidencia de Lula será acompañada apenas por una minoría parlamentaria. En el marco de la compleja morfología político-institucional

brasileña, un gobierno federal que se coloque definitivamente a la izquierda del espectro político alienaría a la casi totalidad del resto del campo parlamentario y, no menos, a algunos miles de *explanadeiros* (la élite de alto nivel, con gran experiencia burocrática, calificación técnica y compromisos partidarios que no constituye un funcionario de carrera sino que rota de ministerio en ministerio siguiendo las fluctuaciones de las alianzas políticas); ello equivale a decir que no podrá gobernar.² Si el PT no hace –y todo indica hasta ahora que no hará– alianzas dirigidas a controlar ese problema, antes de la primera vuelta electoral, es difícil que las haga antes de la segunda vuelta (se limitará a esperar recibir el respaldo de los candidatos y los partidos que hayan quedado afuera y preferirán votar contra el gobierno), de modo tal que el problema quedará para ser resuelto cuando asuma el gobierno.

Su resolución nos enfrenta a una



constante de la historia democrática brasileña, que podría ser resumida así: los políticos de calidad, progresistas y modernizadores, para poder gobernar deben entenderse con dos grupos diferentes cuyos intereses, entretanto, tienen que lesionar. Así encontramos los que se oponen a la modernización y a la equidad y aquellos a los que todo les da igual en tanto continúen acomodados. Teniendo en cuenta la fuerza numérica y los recursos de estos dos grupos opuestos y/o indiferentes a los cambios, fuerza y recursos amplificados además por las expresivas posiciones institucionales de las que disfrutan, las transacciones y composiciones son inevitables. Presididos por esta paradoja, no es raro que los esfuerzos gubernamentales de modernización progresista queden a mitad de camino una y otra vez. Desde la izquierda, por esta razón nunca fue difícil impugnar "demorando" que gobierna la derecha y

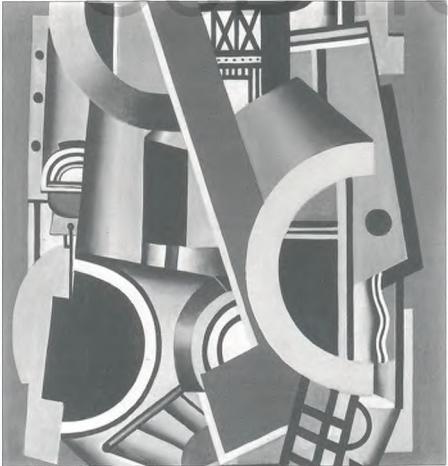
que los progresistas se han puesto al servicio de ella. El PT no está condenado a ser protagonista de un nuevo capítulo de esta "trágica" historia, pero para superarla debe tomar plenamente en cuenta que la forma con la cual recorre el camino que puede llevarlo al gobierno es crucial, porque crea gran parte de las condiciones favorables o desfavorables para gobernar después. Brasil, que como todos repetimos hasta el cansancio, es uno de los países de mayor inequidad social del mundo, tiene ya una presión tributaria del 30 por ciento del PBI. Sólo puede ser gobernado con chances de éxito en lo que se refiere a objetivos de crecimiento y equidad por una coalición en condiciones sociales y políticas de concretar una profunda reformulación de su estructura fiscal (entendida como la forma en que la sociedad, a través de su Estado, extrae de sí mismos recursos y los redistribuye), para que ésta deje de ser lo que

todavía hoy es: un mero reproductor de la inequidad social y de la irresponsabilidad política. Dar muestras convincentes de que un futuro gobierno suyo puede ser protagonista de un cambio verdaderamente histórico hacia la modernización y la equidad, es el mejor camino para crear las condiciones indispensables que eviten una nueva y dolorosa reedición de la paradoja de la política democrática brasileña. □

Notas

¹ El texto "Um Outro Brasil é Possível" está en realidad organizado en base a la noción de "reconstrucción nacional": "Estamos propone una refundación del contrato social que sustenta a Nação e o Estado brasileiros na perspectiva de construir uma sociedade politicamente mais participativa, economicamente inclusiva, socialmente más justa e culturalmente pluralista. Queremos lembrar que o Estado-Nação é formado essencialmente pelo território, povo e soberania e é nessa perspectiva que queremos resgatar os espaços perdidos de soberania e o espírito de serviço público, com um 'Estado desprivatizado' e 'apropriado plenamente pela cidadania' (...) O que proponos, é o resgate da identidade nacional e elevação da questão social a eixo central de um projeto de desenvolvimento para o Brasil."

² El caso brasileño refuta la noción simplista de que presidencialismo y coalición de partidos son incompatibles, tanto que la poliotología brasileña ha acuñado el término "presidencialismo de coalición" como marca característica de la Nueva República. Unas pocas reglas de juego no escritas pero que los principales líderes políticos cumplen a rajatabla, presiden las interacciones entre los poderes, los partidos, los liderazgos. Dichas reglas son consecuencia de la experiencia – por ensayo y error – y de la voluntad de cooperar, voluntad que se sostiene en incentivos netamente políticos (en esencia, los partidos que componen la coalición quieren estar representados en el gabinete y el presidente necesita sus votos en el Congreso a favor de sus proyectos de ley y en contra de intentos de derribos medidas provisoria). Fernando Henrique Cardoso, por ejemplo, ejerce su rol presidencial pero se cuida muy bien de incurir en un uso político inadecuado de sus atribuciones constitucionales. Es consciente de que su poder de nominación está limitado por los compromisos contraídos entre los partidos, y respeta estos compromisos. Por todo ello la coalición ha funcionado. No puede darse por supuesto que el PT sepa jugar con estas reglas.



CRISIS NACIONAL

Seguramente es verdadero, pero también trivial

La Argentina es uno de los pocos países latinoamericanos que tiene estimaciones de achicamiento del PBI para 2001, después de haber decrecido en medio punto en el 2000. Esto configura cuatro años de recesión, mientras el gobierno es incapaz de hacer frente a sus compromisos financieros externos e internos. La protesta social se generaliza por todas partes: estudiantes, piqueteros, agrupaciones sindicales de pelaje variado llevan sus reivindicaciones a las calles. El sistema político se fragmenta como nunca desde el comienzo de la democracia. El gobierno navega dificultosamente entre el mercado y la gente y es incapaz de apaciguar a ambos. La sensación es que, de nuevo, se vive al borde del abismo.

Sebastián Etchemendy

La pregunta es por qué llegamos a esto. Al respecto existen al menos dos lecturas bien fundadas. La derecha vendicula apela a un latiguillo conocido: en realidad hace falta más ajuste, el de los 90 ha sido un comienzo insuficiente y queda mucho por hacer. Este es el nudo de la mayoría de las dificultades. Entonces vemos que quienes deberían estar dando explicaciones –por la obvia razón de ser propaladores y en algunos casos ejecutores de la política de reformas de los 90 tal y como se hicieron–, en realidad vuelven a dar diagnósticos y recetas. Los empleados de siempre de los bancos, y el sector financiero a través de organizaciones como FIEL y el CEMA, piden más medidas ortodoxas. No quiero ocuparme de esta línea: es tautológica (todos los males siempre se van a poder achacar a algún ajuste que queda por hacer), poco imaginativa (hay unas sola receta, un único tipo de liberalización de mercado y el Estado no debe hacer más que retirarse) y sabemos los intereses que representa. Hay otra lectura general del presente, sin embargo, más vinculada a sectores

progresistas. Reza que la actual situación no es sino una muestra más del avance del mercado, o sea del sector del capital financiero más concentrado, nacional e internacional, sobre la política y la democracia. ¿Por qué países que han visto trayectorias similares, como Brasil o Chile, sufren, naturalmente, los embates del mercado pero no viven al borde del abismo? Señalo dos tipos de razones: la primera, la más obvia pero que a veces se olvida en el marasmo de diagnósticos, es la incapacidad de la Alianza para formar una coalición a nivel institucional, y en segundo lugar quiero destacar el tipo de liberalización de mercado (con sus consiguientes apoyos sociales) que se llevó a cabo en la década del 90 y sus consecuencias en cuanto a la configuración de actores a nivel del capital y de la clase trabajadora.

La incapacidad de la Alianza, especialmente de sus sectores políticos, no me parece un dato menor. Si existe tal actor llamado mercado, su mirada de componentes observa la capacidad de gobierno y, ante la



debilidad, obviamente avanza. Al menos desde la renuncia de Alvarez no hay, a nivel institucional, algo que se parezca a una coalición de gobierno en la Argentina. Se sostiene tradicionalmente que los sistemas presidencialistas ofrecían pocos incentivos para las coaliciones de gobierno. Pero ¿por qué en Chile, entonces, se mantiene la Concertación hace años y funciona? Se puede argumentar que Chile tiene partidos fuertes y sólidamente implantados en la sociedad civil, además de una firme tradición de coaliciones. Es cierto, pero ¿qué hay en Brasil, donde los partidos son tradicionalmente débiles, casi anárquicos, con poca presencia en la sociedad civil salvo el PT? Pues Cardoso se las arregló para formar una coalición. Desde la socialdemocracia de Cardoso a la derecha del PFL, pasando por el PMDB, han sido coaliciones de gobierno y en Brasil hubo, al menos hasta hace poco, expectativas de que tuvieran más o menos los mismos planes. Naturalmente, tejer una coalición con poder para articular apoyos sociales y generar poder político exige mucho más que la simple alineación institucional. Sin embargo ello constituye, a mi criterio, un imprescindible comienzo.

Con todo, detrás de lo que contribuyó la incapacidad de la Alianza, hay razones que ayudan explicar la parálisis económica y la inestabilidad que escapan a estrategias recientes sobre alineamientos institucionales. Se relacionan con la forma en que sale la Argentina del proceso de reformas liberalizadoras de los 90 y con el tipo de actores que intervienen. El gobierno de Menem para llevar a cabo sus reformas tuvo que construir dos tipos de apoyo: uno de carácter electoral y otro más relacionado con la coalición de gobierno. Un eje importante del apoyo electoral fue el tipo de cambio fijo que se fue sobrevaluando con el tiempo, dando lugar a un *boom* de

consumo interno, que se potenció, por otra parte, con la única forma de estímulo o "emisión" que permitía la convertibilidad: la acumulación de deuda pública y el festival de bonos. Este esquema de sustentabilidad electoral no se dio, por varias razones, en otros países. No en Brasil que rápidamente se despegó de un esquema análogo, no en países como Chile o España, por caso, cuando atravesaron períodos de ajuste macroeconómico similares. Sólo México se approximó a un esquema parecido, pero se acumuló menos deuda pública, pronto abandonó la paridad con el dólar y además acompañó a este esquema con una estrategia estatal de fuerte apoyo a las exportaciones. Hay que decir también que más allá de la perversidad del menemismo, la Argentina en los 90 es quizás el único caso de liberalización económica



radical bajo condiciones de competencia electoral tan abiertas, siendo a la vez (comparativamente) el menos represivo entre los casos de reforma más "radicales". En Chile, Bolivia, Perú y en el México reformista, obviamente no sucedía lo mismo. Y en los casos de competencia electoral igualmente abierta, como Brasil o Venezuela, la liberalización fue más gradual. Probablemente tamaño nivel de endeudamiento no sea ajeno a este hecho.

Esto me lleva a la segunda dimensión: la de la coalición de gobierno y los apoyos sociales. En la Argentina de hoy vuelve, al parecer, el "empate" al interior de la clase capitalista, aquél que describieron clásicos de la sociología política argentina como Portantiero y O'Donnell. Una de las particularidades y fórmulas de "éxito" del gobierno de Menem fue la alineación que conseguira de lo que podríamos llamar clase dominante argentina. El sector financiero y las empresas privatizadas en rubros no transables, se beneficiaban con un tipo de cambio fijo y sobrevaluado mientras ajustaban tarifas por encima de la tasa inflación y aventaban el riesgo cambiario. Los sectores de bienes transables en la tradicional coalición pro-devaluación argentina también tuvieron lo suyo: el sector agrario logró que se terminara con las retenciones a las exportaciones, que fueron llevadas a cero (amén de disfrutar de los mejores precios internacionales en mucho tiempo en buena parte de los 90). El otro actor tradicional, los grupos económicos con fuerte base industrial, que apoyaba devaluaciones en ciertos momentos del ciclo económico obtuvo participaciones, casi siempre menores, en los servicios públicos monopólicos y en muchos casos, protección en sus propios mercados—como el de autos, petróleo y acero—, tanto mediante regímenes tarifarios especiales como a través de privilegios

en las privatizaciones en sus propios sectores. Esto los ayudaba a capear la tormenta de la liberalización de tarifas y la perjudicial política cambiaria. A nivel institucional, el Grupo de los 8, que incluía a los bancos, la Sociedad Rural y la Unión Industrial (integrado ahora por los grupos de peso), se constituyó y permaneció unido durante la mayor parte del gobierno de Menem, cristalizando el transitorio fin de los vetos mutuos y del viejo empate argentino. Sin embargo, el precario equilibrio se quebró con la recesión, cuando los grupos industriales agotaron sus viejos pagos y les empezo a afectar decisivamente su escasa competitividad en un esquema como el de la convertibilidad. En consecuencia, se quebró el Grupo de los 8 y con ello la paz dentro del capital. Así, estos sectores, en general productores de *commodities* industriales como el acero (sería demasiado llamarlos burguesía industrial), a quienes les conviene cada vez menos la convertibilidad están, entre otros, detrás de la reaparición de Cavallo y el temido resurgimiento de políticas activas (planes de competitividad, tipo de cambio diferencial para la exportación, el proyecto de la canasta de monedas y la mayor dureza frente a Brasil y frente a los bancos). Pudieron aspirar a vetar candidatos del sistema financiero, pero sufren el constante embate de los "mercados" sobre el parámetro de la convertibilidad, quien, como en la crisis de la deuda en el 82, vuelve a ser su hombre en el gobierno.

El punto es que bajo este esquema de pagos y equilibrios que se forjaron durante el menemismo, no se elaboró por parte del Estado ninguna estrategia, y tampoco se registró la imposición de un actor hegemónico dentro del capital. Los grupos industriales inicialmente ganadores se ocuparon, con pocas excepciones, de tomar mercado interno

aprovechando el *boom* de la convertibilidad y poco más. En Chile, después de las reformas, surge el sector de las exportaciones no tradicionales (frutas, madera, pescado) liderando la puesta de ese país en el nuevo contexto. En México sucede lo mismo con un fuerte sector industrial exportador. En el modelo español, es el Estado socialista el que directamente crea durante el período de reformas de mercado campañas nacionales (Repsol, Endesa, Telefónica), es decir los nuevos actores hegemónicos dentro del capital, para competir en el mundo. En Brasil sobrevive mucho de la vieja burguesía industrial, pero con un mercado interno tan grande y con su tradicional capacidad exportadora, el *status quo* tiene menos costos. Se puede argumentar que a estos países los favoreció determinado contexto: el autoritarismo en Chile, el



sas en manos del Estado (sólo la división internacional de la petrolera brasileña Petrobras reportó 200 millones de dólares de ganancias en el año 2000). La Argentina, por ejemplo, no sólo privatizó YPF, quizás lo menos grave, sino que además la perdió como empresa con base nacional para negociar decisiones sobre política de hidrocarburos.

Finalmente, a nivel de la clase trabajadora, la herencia del menemismo no es menos caótica que a nivel de los distintos componentes del capital. Esa matriz de apoyos sociales del menemismo también incluyó determinados pagos al viejo sindicalismo y a su dirigencia. El argentino es, probablemente, el caso de reformas de mercado en el que más se beneficiaron sectores de la dirigencia sindical y, en términos relativos (subrayo lo de términos

relativos), la clase obrera que logró quedar anclada en el sector formal. Activos estatales, programas de propiedad participada y obras sociales controlados por la vieja dirigencia y el mantenimiento del rol de los caciques sindicales en los convenios colectivos, dibujan un sindicalismo, concentrado como en pocos lugares del mundo en la defensa de lo que la moderna economía política llama *insiders*: la dirigencia y los privilegios obtenidos en el proceso de reformas y, si queda tiempo, los trabajadores del sector formal. Es plausible suponer que una dirigencia menos atada en su momento al proceso de reformas –lo que tampoco quiere decir dejarse arrastrar por la desregulación total–, defendería menos exclusivamente sus reservas de mer-

cado (obras sociales, convenios ultraactivos y centralizados, etcétera) y los intereses de los *insiders*, y estaría en su interés tender un brazo institucional para apoyar a los desempleados y excluidos. En otros casos de avances liberalizadores esta escisión “adentro-afuera” en la organización de la clase trabajadora no es tan radical: la CUT en Brasil organiza los movimientos sociales de excluidos y sindicatos como los españoles se preocupan mucho más por la suerte de los desempleados y hasta los agrupan. A nivel de la clase trabajadora, la Argentina está entonces en el peor de los mundos: frente a una escisión determinante entre un sindicalismo hegémónico, muy preocupado por defender privilegios políticos logrados en las reformas de mercado (y que conserva capacidad de movilizarse en defensa de éstos), y un sector de excluidos/desempleados que tiene cada vez mayor peso, pero carece de interlocutor institucional a nivel de su clase y, por lo tanto, sólo puede hacerse escuchar en las calles.

Incapacidad de la Alianza para conformar una coalición y dar imagen de país gobernable, un endeudamiento mayúsculo fruto de las estrategias electorales del menemismo, la ausencia de un actor hegémónico dentro del capital que lidera la puesta de la Argentina en el mundo y una cuña decisiva dentro de la clase trabajadora, que a todas luces la torna heterogénea y dificulta la gobernabilidad, son algunas de las razones que llevan a la actual crisis económica y de Gobierno. En países que experimentaron procesos similares no se dieron estas circunstancias. Mucho tienen que ver las incapacidades de los líderes actuales y las opciones (y no opciones) políticas tomadas en los 90. Por lo tanto, decir que en la Argentina el mercado simplemente se impone y se “come” a la política es seguramente verdadero. Pero también es trivial. □

gobBsAs

GOBIERNO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Estrategias para el crecimiento económico de la Argentina desde un perfil progresista

El espacio político progresista de la Argentina se debe un profundo debate. El diagnóstico sobre las transformaciones económicas acontecidas y las políticas que se deben implementar para salir de la crisis y encaminar al país en un sendero de crecimiento sostenido, con un nuevo perfil productivo y una redistribución del ingreso, deben ocupar un lugar central en la agenda de ese debate pendiente.

*Eduardo Hecker**

Las causas que inhibieron la posibilidad de generar consensos alternativos ante la grave crisis que nos aqueja son muchas. En primer lugar, el espacio progresista no logró realizar una adecuada transición entre una posición de tipo testimonial (que emergió como actitud de resistencia a las políticas y actos de gobierno del ex presidente Carlos Menem) y la formulación de un plan económico integral de desarrollo, que fuera capaz de interpretar adecuadamente los cambios que se estaban produciendo en la economía argentina y en su inserción internacional, y ser consciente en lo positivo.

En segundo lugar, las falencias en las interpretaciones y diagnósticos condujeron a minimizar el impacto de las transformaciones acontecidas y a equivocar en buena medida el rumbo. Se hizo hincapié, por ejemplo, en el flagelo de la corrupción, pero de manera descontextualizada y analizada desde un punto de vista meramente legal y delictual. Esto llevó a muchos a pensar que resolviendo este flagelo se allanaba buena parte del camino.

Si el diagnóstico minimizaba los impactos de las transformaciones y, haciéndose en buena medida eco de las recomendaciones del Banco Mundial, se piensa que los proble-

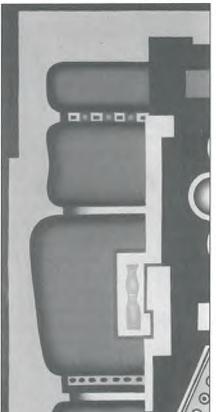
sólo se trata de hacer un poco “más de lo mismo” de manera más honesta y eficiente.

Si por el contrario, ser progresista significa promover una distribución más equitativa del ingreso, incrementar el ingreso real de los sectores asalariados, combatir el desempleo y promover el desarrollo económico y una mayor industrialización, entonces el camino por recorrer es mucho más largo y complejo.

En materia económica, los escasos debates acerca de las salidas progresistas a la crisis actual –y sobre los problemas estructurales que nos legó la década menemista– aportaron más confusión que luces. Para justificar la aplicación de medidas económicas poco populares se llegó a invocar la existencia de un “progresismo de fines”, el cual sería más realista y pragmático que el mero “progresismo de medios”, más ligado a planteos testimoniales.

El discurso progresista se subsumió a una praxis bastante alejada de la defensa de los sectores más perseguidos de la sociedad. Entonces la política quedó sumida en un espeso manto de palabras que pretendió justificar lo injustificable. De este modo, el progresismo en materia económica se quedó sin política... y sin discurso.

Esta situación debe ser revertida reinterpretando el significado de la crisis actual y proponiendo soluciones concretas para su superación. En las próximas líneas se intentará aportar algunos elementos que contribuyan en ambos sentidos. No resultará de ello un esbozo de plan económico alternativo. Sí, en cambio, se propone modificar el eje a partir del cual se analiza la naturaleza de la



crisis actual y de las salidas que se proponen.

Una estrategia de desarrollo económico

La Argentina actual carece de una estrategia de crecimiento sustentable en el largo plazo. Esta es la razón de fondo que explica los sucesivos fracasos de las políticas implementadas para salir de la fase recesiva.

Esta situación fiscana genera una estructura de prioridades que, nuevamente, parece llevar a un segundo plano las definiciones de largo plazo. Según el enfoque dominante, la solución de los problemas fiscales es el puntal de un círculo virtuoso: el saneamiento de las cuentas públicas mejora la confianza de los inversores, generando en consecuencia reducciones en el denominado riesgo país y caídas en las tasas de interés, luego la inversión privada impulsa el crecimiento y la creación de empleos.

Sin embargo, este enfoque ha tenido un débil correlato con la realidad. La obstinación de sus mentores ha llevado a la exacerbación de tales postulados, hecho que se plasma en la política del déficit cero.

Gran parte de los problemas fiscales no podrán ser solventados sin una adecuada estrategia de desarrollo. Durante los años noventa, la inacción de las autoridades económicas en materia de políticas activas para el desarrollo llevó a una creciente desarticulación del tejido productivo del país. Buena parte del segmento Pyme desapareció, se destruyeron cadenas productivas y redes de contratistas y proveedores, al tiempo que creció la provisión de las importaciones. Mientras el crédito reapareció vigorosamente, para las pymes se transformó en una utopía, debiendo –por otra parte– afrontar diversos problemas de escala y competitividad.

Estas son, entre otras, las razo-

nes que explican que el desempleo se hiciera presente con una intensidad inédita en la vida económica nacional. Lejos de ser una consecuencia inesperada o indeseada de la política económica del menemismo, el desempleo y la precarización laboral se convirtieron en el resultado "natural" y lógico de las medidas adoptadas y de la inacción en términos de políticas de desarrollo productivo.

Esta realidad nos obliga a pensar no sólo en la necesidad de retomar el crecimiento económico, sino en crear las condiciones para que ese crecimiento se asiente sobre bases sólidas, generando proyectos que apuesten a la integración del tejido Pyme, al avance sobre las cadenas de agregación de valor, al incremento de la competitividad, al aprovechamiento integral y racional de los recursos naturales y la innovación tecnológica.

Los resultados de la falta de compromiso con los ejes señalados están a la vista: desempleo, pobreza,



marginalidad, exclusión. La desintegración productiva no tiene otra consecuencia más que la desintegración social y regional.

El papel del Estado

De los lineamientos generales expuestos se desprende que el Estado debe asumir un papel muy activo, tanto en la formulación como en la efectiva implementación de una estrategia de desarrollo productivo. Se trata de que el Estado que tenga una profunda vocación de articular sus estrategias con los diferentes sectores económicos y sociales, utilizando elementos que van desde la negociación hasta el apoyo económico a través de subsidios, pasando por diferentes modalidades de incentivos y generando el entorno necesario en cuanto al desarrollo de las infraestructuras, la disponibilidad de crédito a tasas accesibles, el control efectivo del contrabando y de las prácticas comerciales desleales, etcétera.

Pero, más allá de los instrumentos concretos, se trata de pensar un Estado que tenga un mensaje claro hacia los empresarios y trabajadores. Que sea capaz de formular su proyecto con claridad y sumar voluntades en su accionar político cotidiano.

Nuevos horizontes en política económica

Siguiendo la línea argumental expuesta, se interpreta que la crisis actual está estrechamente asociada a las debilidades de la estructura productiva. Nos enfrentamos a una crisis de la economía real y, por ende, sobre estos aspectos hay que operar con urgencia y con un programa de largo alcance. A pesar de este diagnóstico, hacer abstracción de las dificultades fiscales y financieras existentes implicaría obviar una parte fundamental de la superación de la crisis. Por tal motivo, se

presentan algunas líneas de acción en materia productiva y de ingresos, todo ello contextualizado en el marco de la restricción fiscal y financiera existente y de las propuestas para superarla.

a) Política fiscal: generación del equilibrio intertemporal

La Argentina sólo tendrá un proyecto viable y progresista alterando el eje a partir del cual se piensa y ejecuta la política económica. Sin un plan de desarrollo productivo y de redistribución del ingreso sólo será posible pensar en paletativos de mayor o menor duración, pero que desembocarán irremediablemente en nuevas crisis. De allí que la actual obsesión en torno a la reducción del riesgo país se parezca más a un síntoma patológico de un esquema miope y limitado que a una posibilidad real de ejecutar una política de crecimiento que se sostenga en el tiempo.

A

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

un punto de vista económico y social, incrementar la presión tributaria sobre sectores que obtienen rentas monopólicas y oligopólicas, tales como los servicios públicos privatizados y el petróleo. Durante el año pasado, las 3 empresas líderes que realizan extracción de petróleo obtuvieron una rentabilidad promedio del 18%, al tiempo que las 3 principales empresas de electricidad y gas alcanzaron el 15%, mientras que la empresa líder de telecomunicaciones consiguió una rentabilidad del 9,5%. Estos indicadores no sólo reflejan la disociación existente entre la evolución de estas empresas y de la economía argentina en su conjunto, sino también las diferencias entre la rentabilidad que dichas empresas obtienen en el país con respecto a la que consiguieron a nivel mundial (la comparación permite comprobar que la rentabilidad local fue 7 veces más elevada que la internacional en electricidad y gas, 2 veces más alta en petróleo y un 8% superior en el caso de las telecomunicaciones).

En suma, se trata también de alterar sustancialmente el eje a partir del cual se diseña la estrategia de financiamiento del gasto público para operar con justicia distributiva y fortalecer el mercado interno, garantizando mayor actividad económica y mayores ingresos para el sector público que permitan financiar una nueva política de desarrollo productivo, regional y social.

b) Política de ingresos

Uno de los aspectos centrales sobre el que se debe asentar una política progresista reside en la distribución del ingreso. Durante los últimos años—y bajo el influjo de los trabajos y recomendaciones del Banco Mundial—buena parte de las políticas que se proponen para afrontar la delicada situación social consisten en la implementación de acciones focalizadas contra la pobreza.



El problema no es trivial. Luchar contra la pobreza y forjar una mejor distribución del ingreso nacional pueden parecer—en algunos aspectos—cosas similares, pero parten de concepciones diferentes y, por ende, arrojan distintos resultados. Aplicar paletativos contra la pobreza es, sin lugar a dudas, algo necesario, pero resulta sólo eso: un paletativo. En cambio, operar una redistribución del ingreso nacional que beneficie a los sectores asalariados y al empresariado nacional implica fortalecer el mercado interno y con ello el desarrollo de la economía en su conjunto.

La distribución del ingreso se ha tornado más regresiva durante los últimos años. El 20% más rico de la población se lleva el 53% del ingreso nacional, mientras el 20% más pobre sólo obtiene el 4,2%; es decir, el 20% más rico se lleva una porción 12,6 veces mayor a la del 20% más pobre. Mientras a principios de la década pasada la porción de los sectores más ricos ascendía al 50,7%

la de los más pobres al 5,7%, es decir, los ricos se llevaban una porción 8,9 veces superior a la de los pobres.

No se trata sólo de sacar de la línea de pobreza a la mayor parte de los hogares argentinos, sino también de operar sobre el mercado de trabajo frenando la tendencia descendente de los salarios e incrementando la capacidad de consumo. Asimismo, debemos potenciar al máximo la producción y el consumo favoreciendo a la industria nacional, el cual debe apoyarse desde las compras que realiza el sector público.¹

Una nueva distribución del ingreso es crucial para sentar las bases de un crecimiento sostenido. La magnitud de la crisis actual es en buena medida el resultado del brutal crecimiento de las desigualdades y del consecuente achicamiento del mercado interno.

c) Desarrollo productivo

El desarrollo de la estructura productiva es el eje fundamental a partir del cual podremos dar una batalla efectiva contra el desempleo y los problemas sociales existentes. Se trata de revertir el proceso de desindustrialización, fortaleciendo el tejido empresario, incrementando las cadenas de valor y la competitividad. A continuación, se enumeran algunos ejes y propuestas.

Desarrollo de ventajas competitivas

El desarrollo de las ventajas competitivas es una de las claves fundamentales para lograr una adecuada inserción internacional y, concientemente, construir una barrera defensiva genuina contra los efectos de la apertura económica. Pero la elección de cuáles ventajas se desarrollarán permite delinear el tipo de sociedad que se pretende construir.

En algunos países del Sudeste

Asiático, la ventaja competitiva que se aprovecha es la abundancia de mano de obra barata. En tal sentido también se han encaminado algunos países de América Central, el Caribe y México, a través del desarrollo de la industria maquiladora.

El desarrollo de ventajas competitivas posee un componente objetivo que son las potencialidades existentes—ya sean asociadas a la abundancia de recursos naturales, humanos, tecnológicos, etcétera—y otro vinculado a una determinación ideológica. He aquí el primer desafío que debe afrontar una gestión progresista.

Siguiendo el ejemplo reseñado—donde el desarrollo de ventajas competitivas está asociado al aprovechamiento de mano de obra a bajo costo—, para el caso argentino no sólo resulta en buena medida inviable formular una estrategia en base a tal ventaja, sino que también resulta indecible desde una óptica progresista.

En un país con recursos humanos de excelencia, un desarrollo considerable en ciencia y tecnología y universidades públicas calificadas, el desafío principal es la innovación tecnológica. Se trata de asociar estrechamente al sistema científico tecnológico con el mundo empresarial y forjar la creación de nuevas camadas de empresas de base tecnológica, capaces de producir bienes diferenciados y de prestar servicios de consultoría innovadora para el país y la región.

En este sentido, el objetivo central es direccional una parte significativa del saber científico-tecnológico hacia la inversión empresarial. El país posee enormes potencialidades al respecto, las cuales fueron y son notablemente desaprovechadas. Las universidades cada vez poseen menos presupuesto y no logran articularse eficazmente con el mundo empresarial. Los científicos han sido despreciados, recordemos cuan-

do el ministro de economía los mandó “a lavar los platos”.

Otro ejemplo al respecto radica en la incorporación del diseño a la producción. Nuestras universidades han generado una importante camaña de talentosos diseñadores que, a partir de una adecuada articulación con el sistema productivo, pueden ser la base para potenciar y valorizar la producción local.

Disponer de este potencial es una ventaja. Desaprovecharla forma parte de la miopía de quienes han dirigido la política económica durante mucho tiempo.

Desarrollo del tejido Pyme

La situación de las pymes es otro de los aspectos que refleja la absoluta desconexión existente entre el discurso y la acción. Las pymes han sido víctimas de una política de apertura indiscriminada que condujo a una creciente desarticularización del sistema productivo. Diversos mercados de consumo, redes de contrata-

tistas, clientes y proveedores, se fueron cerrando para numerosas pymes, hecho que derivó en el cierre de un número considerable de empresas.

Actualmente, las pymes deben afrontar tres grandes problemas: financiamiento, escala y competitividad internacional. El problema del financiamiento debe ser resuelto superando el divorcio existente entre las palabras y los hechos. El Estado debe subsidiar tasas de interés y los bancos públicos deben destinarnos sus recursos apostando al crecimiento de las pymes, fundamentalmente de aquellas que se vuelven a la innovación y a la mayor agregación de valor².

Por su parte, para enfrentar los problemas de escala, la asociatividad entre pymes es un camino del cual pueden extraerse importantes beneficios. La conformación de polos productivos y acuerdos empresariales se traducen en reducción de costos y ganancias de eficiencia.

También la asociatividad y la adecuada articulación con el Estado



resulta de vital importancia para que las pymes ganen competitividad. La conformación de consorcios de exportación, el apoyo a la participación en rondas de negocios internacionales, la información y la capacitación, son elementos estratégicos para ganar competitividad y fomentar una cultura exportadora en el empresariado, es decir, una actitud que desvincule la exportación de ciclo económico interno, asegurando la persistencia y continuidad en la búsqueda de mercados en el exterior.

Incremento de las cadenas de valor

Uno de los principales desafíos que deberá afrontar una política integral de desarrollo productivo, consiste en intensificar el aprovechamiento de los recursos existentes para forjar una mayor agregación de valor en la economía local. Ya nos hemos referido al tema de los recursos humanos y a las enormes potencialidades existentes para apostar a la innovación tecnológica. A continuación nos referiremos a los recursos naturales.

La abundancia y calidad de los recursos naturales existentes en nuestro país ha sido tratada como una "maldición" durante diferentes etapas de la historia. En la argentina agroexportadora, las ganancias del comercio de exportación—en un contexto internacional favorable—inhibían cualquier apuesta hacia la industrialización y la agregación de valor. Asimismo, durante la fase de sustitución de importaciones, los recursos del excedente agrario se volcaron a financiar la industrialización, pero ambos sectores entraron en una contradicción que no se resolvió hasta la interrupción de dicha fase.

Una de las formas de propiciar el aprovechamiento integral de los recursos naturales que el país posee es

integrarlos a una estrategia de industrialización y agregación de valor, de manera tal que la abundancia del recurso deje de ser una "maldición" y se articule en un círculo virtuoso. El mejor ejemplo al respecto es el de la minería en Finlandia, país que poseía reservas de hierro, pero no se conformó con la mera extracción y desarrolló numerosas actividades en torno a dicha explotación. Así, al proceso industrial del recurso, se agregaron una pujante industria de bienes de capital para la extracción de minerales, el desarrollo de la ingeniería minera, los servicios de consultoría y otras actividades. A tal punto llegó tal desarrollo que una vez que las minas de hierro se agotaron, Finlandia continuó teniendo un importante desarrollo en torno a las actividades conexas y proveyendo bienes y servicios a otros países. □

Notas

* Secretario de Desarrollo Económico del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

En esta línea, la Ciudad de Buenos Aires se ha sancionado la Ley 590, de "Defensa del Trabajo Argentino", la cual dispone que las empresas locales—y las más pequeñas en particular—tendrán prioridad en todas las compras y licitaciones que realice el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Asimismo, las empresas más pequeñas gozan de un derecho de preferencia del 5%. Por otra parte, cuando una empresa no nacional se impone en una licitación, las empresas locales tienen derecho a igualar la mejor oferta, siempre y cuando mantengan los requisitos de calidad.

² En la ciudad de Buenos Aires se está desarrollando una experiencia en la materia a partir de la implementación del Programa Universitario de Estímulo a las Vocaciones Empresariales (PROUE). El mismo consiste en el llamado a un concurso de ideas-proyecto para estudiantes, graduados e investigadores de las universidades de la ciudad, destinado a la formulación de un primer paso hacia el armado de una empresa con componentes de innovación. Posteriormente, la Secretaría de Desarrollo Económico les presta asistencia técnica y los proyectos que resulten viables son financiados, vinculados con fondos privados de inversión o asociados a una incubadora de empresas del propio Gobierno de la Ciudad. Durante los primeros meses de gestión del programa, se recibieron 150 ideas-proyecto. Para mayor información sobre el PROUE véase www.buenosaires.gov.ar/proue.

³ En la Ciudad de Buenos Aires se han implementado dos programas de asistencia financiera: el Programa Capital Pymes, que permite acceder a una línea crediticia al 7% para empresas de la zona sur y al 8% para las del resto de la Ciudad; y el programa de financiamiento Tasa Cero para Microemprendimientos, que permite a las empresas acceder a créditos de hasta \$6.000 sin interés.



integrar en las cadenas de valor a la producción de petróleo, la minería, la celulosa, la actividad forestal y la producción de alimentos, sectores en los cuales la Argentina posee enormes ventajas, que han sido—y continúan siendo—desaprovechadas.

Se trata de apostar a la formación de bloques productivos en los que se produzca una sólida integración de actividades manufactureras y de servicios en forma concomitante a la explotación de nuestros recursos naturales. □

Notas sobre la matriz dual de la política federal argentina

La "ilusión unitaria" y el "país que no miramos"

El autor trae a consideración un tema que no encuentra el camino adecuado para proyectarse más allá del debate ideológico que lo identifica desde hace aproximadamente cien años. Se refiere a las relaciones entre la política partidaria y la política federal.

Marcelo Escobar*

E sta es la manera en que las antinomias y las desigualdades del presente y del pasado de nuestro país se funden en una amalgama de fuerzas políticas y corporaciones territoriales, voluntades populares y locales, ciudadanos y lugares.

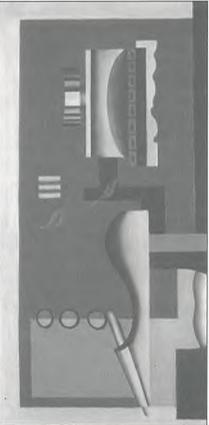
Con ello me propongo contribuir a un debate más amplio sobre nuestra cultura e instituciones democráticas, destacando cómo los resultados de las relaciones mencionadas cristalizan finalmente en una matriz política dual, integrada, tanto por los estados de opinión pública que construyen las mayorías y minorías relativas de la política argentina, como por las "periferias" y los "centros" en que se forja la organización federal de la República.

Parece no haber dudas de que el sistema de partidos argentino se caracteriza—o al menos está controlado—por dos fuerzas predominantes (el Partido Justicialista y la Unión Cívica Radical) y que ambas fuerzas le otorgan a los procesos de toma de decisiones políticas un perfil muy disciplinado y técnicamente previsible que, sumado a la impronta del presidencialismo sobre las capacidades efectivas del Poder Legislativo Nacional, dan como resultado un efecto de unificación de la política, con independencia de las instituciones federales y la diversidad misma del país (tan señalada como fuente de riqueza y a la vez como prueba de

tensiones particulares (tanto sectoriales como locales). Es también un diagnóstico muy efectivo para encarar acciones estratégicas y coyunturales con probable impacto sobre la totalidad de la realidad nacional, en especial cuando se presentan dificultades materiales para obtener una información detallada o no se cuenta con los instrumentos objetivos que hacen posible una interpretación más compleja o menos inequívoca de la realidad. Pero sobre todo es una táctica muy eficaz para instalar el debate político en un terreno alejado de las razones particulares que sustentan las posiciones en pugna, una suerte de juego de sombras chinas donde todos cumplen un papel preciso en el sitio correcto y la "realidad nacional"—sí como una evidencia implacable bajo la forma de una profecía autocumplida, la "ilusión unitaria".

Es un lugar común afirmar que Argentina es "un Estado unitario de hecho y federal de derecho", esta idea, tan destilada por el imaginario histórico, tiene la particularidad de ser funcional a quienes creen en ella y también a quienes saben que, si no es falsa, al menos no es un fiel reflejo de las circunstancias que intenta describir.

Para aquellos que por diferentes razones no sólo consideran que la Argentina es o debiera ser un país unitario—distinción generalmente entremezclada en el discurso—, el carácter estrictamente legal del régimen federal argentino, o bien es un lastre que debiera sincerarse constitucionalmente (una postura con más de cincuenta años de aliento, doctrinariamente compartida por Rivarola (1908) y Vanossi (1963)) o, por el contrario, es un hecho denigrante, resultado del desprecio ha-



cia nuestras instituciones básicas y una demostración empírica del poder del "centro" a través de la tergiversación y desnaturalización progresiva de los derechos de la "periferia" (una postura que impregna a tratadistas provincianos y porteños relevantes como Frías (1990) o Bidart Campos (1993)).

Para aquellos que saben que no es así, no existen razones para afirmar y contribuir a demostrar lo contrario, es decir, qué sentido tiene para un actor político local –un representante o dirigente con intereses y electorado básicamente provincial,¹ considerar que la Argentina es un país federal, cuando el eje de toda negociación fiscal o gran parte de la justificación de la sobrerepresentación legislativa del "interior" se fundamenta en lo contrario (en un caso para solicitar más compensaciones y políticas redistributivas y en el otro para garantizar los derechos de las "minorías terri-

toriales" en ambas cámaras del Congreso).

Por supuesto que nada de esto es privativo de Argentina, más bien es un efecto estructural de cualquier contexto político-institucional federal. Lo llamativo de nuestro país es

que la convicción de los que creen, alimenta el rechazo de los que saben y ambos contribuyen a oscurecer el hecho de que la política argentina es en realidad varias "políticas", ya que en gran medida lo nacional es el resultado de la priorización de una escala de observación y análisis que se construye sobre la base del "país que no miramos".

La serie televisiva homónima de la década de los 80 que fuera un ícono mediático ambiental de la restauración democrática y un reconocimiento implícito de la diversidad social y paisajística del país, desde una inquieta y curiosa perspectiva metropolitana (otra forma geográfica de denominar al núcleo del poder

público en Argentina), me sirve en este caso para llamar la atención sobre algunos hechos que en el pleno fáctico no son del todo congruentes con la visión predominante sobre la política y el sistema partidario nacional.

No hay duda de que el régimen presidencialista de gobierno es una constante histórica, no sólo por imperativo constitucional sino porque impregnaría la forma de concebir y ejercer el poder de nuestra cultura política. Pero la versión autóctona de la figura presidencial está mucho más cerca de un autoritarismo controlado periódicamente por las urnas que de un pluralismo moderado que articule dos orígenes distintos de la representación con mecanismos realistas de consenso y acuerdo interpartidario.

Más allá entonces de estas observaciones, ¿quién podría cuestionar que este régimen (en contextos de normalidad y anormalidad institucional) es probablemente una de las únicas cosas que ha gozado de continuidad en la política argentina del siglo XX? Sin embargo, los actores del juego democrático argentino se han transformado profundamente en el mismo período, ampliando no sólo la base de representación popular de los electos para cargos ejecutivos y legislativos, sino diversificando las opciones electorales y tornando a la competencia política en un proceso de perfil más partidario que faccional, al institucionalizar las diferencias estructurales de la sociedad y la ciudadanía del Estado en dos tipos de arenas institucionales: las faccionales y provinciales, por un lado, y las partidarias y nacionales, por el otro.

Esta política heterogénea en su gestión y tendencialmente uniforme en sus resultados, incluye en el extremo "federal" el acuerdo de gobernadores y la lucha entre facciones partidarias distritales por el control territorial de las nominaciones

y, en el extremo "nacional", la formación progresiva (reformas electorales mediante) de regímenes de partido único hasta el 12, bipartidista con distintos formatos hasta el 62 y pluripartidista más allá del umbral de los 80.

Otro aspecto muy interesante y solitado es la continuidad formal del pacto federativo argentino, basado en la representación igualitaria de las unidades constitutivas (provincias) en la Cámara Alta y de los ciudadanos que integran el cuerpo electoral nacional en la Cámara Baja; en contraposición con la discontinuidad empírica, con el paso del tiempo, en la ponderación relativa de la igualdad territorial y ciudadana; esto último, ya sea por el crecimiento del número de unidades constitutivas periféricas en un caso, o por el progresivo aumento de la sobrerepresentación de los habitantes de las provincias poco pobladas en el otro.

En un esquema similar de claroscuro entre continuidad formal y discontinuidad real, se encuentra la permanencia constitucional y el "incumplimiento" efectivo del sistema de competencias federales y locales en materia de atribuciones fiscales provinciales y nacionales. Mientras que el texto constitucional se mantuvo inalterado por casi un siglo y medio, la jurisprudencia fue marcando una clara transformación de las capacidades impositivas de las provincias a favor de la Nación y suplantando la autonomía formal en la recaudación, por un sistema de reparto que finalmente decantó en un acuerdo de solidaridad fiscal centro-periferia.

Lo que indiscutiblemente habría constituido una pérdida de poder en la obtención de recursos económicos propios para los tesoros provinciales, a la postre, posibilitó el desarrollo a escala ampliada de los sectores públicos de esos mismos estados (en general fiscalmente incapaci-

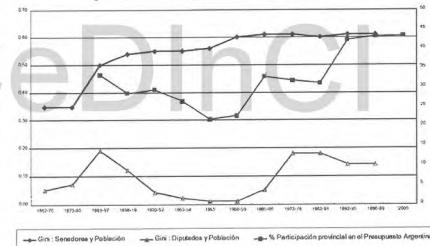
citados por su exigua base imponible), reforzando la capacidad real de sostener políticas provinciales independientes –aunque éstas se redujeron a la creación de empleo público– y con ello disponer de los recursos financieros necesarios para sostener localmente su participación como actores políticos federales relevantes.

Si nos tomamos el trabajo de vincular en una serie histórica los resultados de ambas dicotomías entre continuidad y discontinuidad, la conclusión a la que arribaremos no ofrece muchas dudas sobre lo que ha estado pasando con la política y la federación argentina en los últimos

cien años. Una rápida mirada al Gráfico N°1 muestra la significativa correlación entre el reforzamiento de la desigualdad en la representación política en ambas cámaras del Congreso (pero casi específicamente en la Diputados), y el crecimiento de la participación relativa del gasto público provincial con relación al argentino en su conjunto.

Y, en ambos casos, indiscutiblemente a favor de la "periferia", es decir, de aquellos distritos menos poblados y menos desarrollados del país que constituyen el centro federal paralelo al centro unitario reconocido por el poder político en la República.

Desigualdad en la representación y Participación del gasto provincial en el total argentino. 1862 - 2000



Fuente: Elaboración propia en base a estadísticas del Ministerio del Interior de la Nación, INDEC, FIEL, CFI, Bunge, A., Revista de Economía Argentina.

Si las discontinuidades y continuidades que señalaba ya bastarían para indicar que la dualidad en la matriz política argentina es un esqueleto de incentivos y resultados institucionales de larga data, probablemente no lo sean menos los particulares contrastes del sistema electoral nacional, entre su uniformidad normativa y su funcionamiento real. Me refiero a que el impacto de la magnitud de distrito, y en menor medida la fórmula electoral en cada provincia, provoca barreras de en-



trada insalvables para terceras fuerzas en la periferia, sumadas a la doble sobrerepresentación que resulta de la incorrecta asignación geográfica de escáfos (*malaportionement*) y del efecto mayoritario del sistema en los distritos chicos. En efecto, para aquellas fuerzas que no tengan una implantación geográfica relativamente uniforme en todo el territorio nacional (o al menos relativamente distribuidas entre las arenas pampeanas y el interior), no sólo no habrá premio de mayoría,

sino que además se producirán transferencias de bancas hacia otras fuerzas que si la tengan, por efecto de la desigualdad electoral destacada en el Gráfico N°1.

Esta desigualdad asciende en la Cámara de representación ciudadana (Diputados) a un 12,80 %, mientras que en la Cámara territorial (Senado) su valor (doctrinariamente resguardado por la representación igual de las unidades constitutivas) llega a un 47,10 %, guarismo que se ubica en el puesto más alto entre la totalidad de los regímenes federales del mundo. Mientras que para las fuerzas que cuenten con una implantación geográfica uniforme en todo el país, la situación descrita traerá aparejado un beneficio estructural relativo que, en la reciente elección nacional les reportó al PJ y a la UCR (Alianza), respectivamente.

Una ventaja del 11,80 y 4,70 % en la Cámara Baja y otra del 17,10 y 12,50% en la Alta.

Sobre este condicionamiento federal para la transformación de los votos en bancas, las chances para una proyección parlamentaria mayoritaria de una tercera fuerza metropolitana son casi nulas. Es más, su participación efectiva en el Congreso soportará la tendencia al estancamiento a partir de un techo razonable de sufragios, luego de superar a la segunda fuerza.

En consecuencia, se van a producir dos asociaciones constatables entre gobernabilidad del régimen y bipartidismo. Negativa, para una coalición de segundas y terceras fuerzas (como la Alianza), pero también para la UCR, ya que ella obtiene la mayoría absorbiendo a las terceras fuerzas u opiniones metro-

politanas. Positiva, para la coalición peronista, ya que a diferencia de las otras dos alternativas, ella puede contar con mayortías parlamentarias sustanciales en ambas cámaras que la aparten del fantasma del gobierno dividido.

La explicación de este fenómeno, sin embargo, se encuentra en otro lado. A partir de la reforma constitucional de 1994, la desaparición del Colegio Electoral para los comicios presidenciales privó a la periferia de otro recurso desigualmente distribuido que hacía posible un comportamiento muy parejo en la alquimia desproporcionada de las categorías electorales legislativas y ejecutivas argentinas.

El producto de esta transformación es un híbrido que sólo articula la gobernabilidad en un sentido, ya que por un lado permite con mayor facilidad la proyección a la presidencia de las mayortías poblacionales del centro (el Presidente se elige en la Región metropolitana) pero mantiene, por el otro, el control del Parlamento tendencialmente en la periferia (la mayoría de los legisladores se eligen en el interior).

Si una fuerza política pudiese militar en los dos planos de la matriz política argentina y obtuviese la victoria como partido nacional y como partido federal a la vez, probablemente tendría abierta las puertas del poder sin mayores preocupaciones sistémicas adicionales.

¿Hasta qué punto entonces estos aspectos constituyen argumentos suficientes para sostener que la "ilusión unitaria" es el fundamento federalista de la política en el "país que no miramos"?

Probablemente sólo alcance parir iniciar un debate o al menos para llamar la atención sobre ciertos rasgos muy marcados de las instituciones y de la cultura política nacional. Desde otro ángulo, la magnitud del impacto que las cuestiones tratadas tienen sobre el proceso de toma de

decisiones políticas, la legitimidad popular de la democracia y la gobernabilidad del sistema. Son cuestiones que resulta necesario evaluar más detenidamente.

Pero quizás, para concluir reforzando este perfil subterráneo y contradictorio que vengo destacando en la política argentina, podría contribuir un último ejemplo histórico elocuente.

En la década de los 60, sobre el filo de la recuperación de la estructura dual en la federación argentina, el discurso económico y las tendencias predominantes en el campo de la administración pública promovieron en nuestro país la implementación de políticas regionales superpuestas e independientes de las unidades constitucionales federadas, de sus límites, sus instituciones y sus realidades políticas. Todas ellas

fracasaron ampliamente en sus objetivos programáticos pero, en cambio, dejaron sentados los cimientos de lo que tres décadas más tarde se convertiría en el marco institucional básico para la coordinación no bilateral de políticas entre el Poder Ejecutivo central y los gobiernos provinciales.

Paralelamente, durante todos los períodos de gobierno militar y particularmente en el que tuvo a su cargo la profundización de las políticas regionales desarrollistas contrapuestas al orden federal vigente –me refiero al gobierno de Onganía– jamás se llevaron adelante –ni pretendieron aplicarse– procedimientos efectivos de transformación unitaria del régimen político argentino. Por la razón evidente de que, sin necesitarlo, fueron mantenidas las estructuras de gobierno provincia-

les, a las cuales se integraron corporativamente las fuerzas armadas por medio de la federalización distributiva de cargos entre las tres armas.

La fortaleza de las creencias unitarias no puede transformar permanentemente el impacto de las instituciones, las prácticas y la realidad federal del país. Pero el régimen político, y con ello la democracia argentina, necesitan construir nuevos pactos constitutivos y nuevas herramientas institucionales para sobreponerse a la inestabilidad permanente del sistema y a la política dual cimentada en las últimas décadas. Lamentablemente, este estado de cosas sólo puede ser transformado reconociendo su dificultad de cambio y esto implica adoptar una postura que, a falta de una definición mejor, llamaría: "federalismo responsable", sin ilusión, reconociendo las diferencias y mirando al país tal cual es, aunque no sea lo que esperábamos intelectualmente que debería haber sido o lo que creímos doctrinalmente que debía ser. □

Bibliografía

Rivarola, R., *Del régimen federativo al unitario*, Peuser, Buenos Aires, 1908.

Vanossi, R., *Situación actual del federalismo*, De Palma, Buenos Aires, 1963.

Friás, P. J., "En los orígenes del federalismo argentino", en *La Ley T.* 1990-D, Buenos Aires, 1990.

Bidart Campos, G. J., "El Federalismo Argentino desde 1930 hasta la actualidad", en *Federalismos latinoamericanos: México, Brasil, Argentina* (Carmagnani, M., comp.), México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Notas

¹ Coordinador General del Programa de Reforma Política, Jefatura de Gabinete, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

² Me refiero a gobernadores, senadores nacionales, jefes de bloque y legisladores provinciales, presidentes partidarios de distrito, intendentes o ediles locales, todos ellos directamente condicionados por situaciones de origen subnacional o que resultan del impacto local de procesos más genéricos de la arena nacional.



ATAQUE A LAS TORRES GEMELAS

El compromiso con el mundo

¿Puede sostenerse un pensamiento comprometido con el mundo? Hablamos de un pensamiento que asuma la defensa de los progresos que aparejaron la profundización de la democracia y las reformas sociales –que se hallan hoy amenazados por sus enemigos–, pero que guarda una capacidad crítica ante un mundo desgarrado por exclusiones y opresiones que parecen no tener esperanza de encontrar un ámbito de tratamiento que involucre a los principales protagonistas de las decisiones.

Isidoro Cheresky

El ataque terrorista del 11 de septiembre, que apuntaba según sus autores a “los íconos del poder americano”, produjo una conmoción a la escala de un viraje histórico. En un mundo que parecía absorbido por el vértigo de los vaivenes de la expansión económica y de la transformación tecnológica, la colosal acción de un puñado de terroristas ponía inmediatamente en evidencia la vulnerabilidad de los sistemas y dispositivos que ordenan



hizo evidente que esa sensibilidad inmediata era retacada e incluso denegada por grupos y poblaciones sin conexión con los autores de esos actos.

Se abrió entonces un abanico de reacciones, en particular en el ex Tercer Mundo. La más generalizada quizás fue la indiferencia y la banalización, eventualmente acompañada por la fascinación ante la grandiosidad de las imágenes que los atentados habían suministrado. Las encuestas en nuestro país dieron cuenta de una mayoritaria neutralidad que parecía involucrar al mismo tiempo el rechazo a la guerra y la equidistancia ante los campos en pugna. Pero también, aquí como en el resto del mundo, hubo variantes de explicación política. Una de ellas parece trascender y aun ignorar los acontecimientos y los propósitos enunciados por los autores y sus apoyos, para derivar un sentido de estos actos de una situación estructural. Así, la acción terrorista, aunque para algunos es lamentable en su efectos humanos, tendría su sustento en las desigualdades sociales, en las consecuencias de la globalización, en la opresión de los pueblos de cultura musulmana. De esta línea argumental surgió una imputación de responsabilidad a Estados Unidos: puesto que la potencia dominante sería la causante de crímenes e injusticias, los hechos terroristas no constituirían entonces un inicio sino una respuesta, con lo que adquirirían una legitimidad.

Esta línea argumental, más allá de la amalgama del proceso histórico en que se inscribe, adopta como criterio el propio principio de variados terrorismos y del fundamentalismo en particular, los que definen

un enemigo identitario, es decir, construyen una lógica amigo/enemigo en la que los pueblos o las naciones constituyen un organismo o una identidad sustancial, de modo que tal o cual acto de un gobierno de Estados Unidos podría ser justificable (aunque la idea de justicia sea ajena a este ambiente cultural), atacando a cualquier ciudadano estadounidense o simplemente a quienes habitan en suelo de ese país.

Esas pretensiones de entender la actual situación, aunque ignoren el sustento propiamente político cultural de las organizaciones terroristas y no es por ello atinada para explicar los orígenes de sus acciones, si alude en cambio a ciertos fenómenos que los acontecimientos producen o pueden producir: la identificación secreta o explícita con quienes desafían a la superpotencia, considerada con o sin razón la causante de variados males del mundo actual.

El terrorismo fundamentalista al que se alude es de naturaleza *islamista*, es decir que se define como un movimiento político que pretende que la vida política de las sociedades musulmanas se base en las enseñanzas del Corán. Ese proyecto en definitiva considera que existe un buen orden político immutable, cuyos lineamientos no dependerían de las decisiones de los hombres sino de una verdad a la que ellos deberían atenerse. Aunque existen variantes de esta versión radicalizada de las creencias musulmanas –en Irán, por ejemplo, existe cierto pluralismo político del que participan los sectores radicalizados–, ella apunta a conformar sociedades homogéneas y a inscribir su vínculo con Occidente en términos de una relación amigo/enemigo.¹ Aunque el islamismo por el momento se define en términos defensivos, acusando a Estados Unidos y a Occidente por su presencia en los países de su credo, su pretensión de separar creyentes e

infieles en todas partes, incluso recuperando las poblaciones de origen musulmán radicadas en países no musulmanes, encierra una promesa de creciente violencia y de continua acción desterritorializada.²

Por cierto, el radicalismo islámico y las organizaciones terroristas no involucran al conjunto del islamismo y al mundo del Islam, pero se proponen hegemonizarlo y existe sin duda el peligro de que su acción espectacular, su capacidad de desafío a los poderosos del mundo, incremente su influencia y liderazgo entre poblaciones oprimidas, con frecuencia por élites locales, pero que han sido arrancadas por la modernización de sus sistemas tradicionales, sin que hayan podido reconstituir otros con los que se identifiquen positivamente. La humillación a la que es sometido el pueblo palestino es quizás la ilustración más intensa del sentimiento de injusticia que se ha extendido en esa parte del mundo.³ La apuesta del terrorismo es unicarular en torno a la lucha contra Occidente, fusionando en esta designación a los infieles, a los agentes de la pobreza, a las costumbres

liberales y a las prácticas democráticas.

Existe, asimismo, en otras latitudes, un creciente descontento con el capitalismo globalizado. Este descontento es ambivalente, puesto que los valores individualistas y patrimonialistas en que se sustenta se han extendido no en oposición sino en asociación con la protesta por crecientes desigualdades en un contexto de mayor visibilidad sobre la condición de las personas y una también mayor conciencia de derechos.

Pero el descontento ha derivado en una frustración difícil de canalizar, pues el capitalismo de predominio financiero se presenta como una lógica de mercado con efectos devastadores pero sin agentes permanentes que puedan ser identificados como los decisores responsables o los beneficiarios. El ataque del 11 de septiembre, cuyo blanco fueron lugares emblemáticos del poder hegemónico, ofreció por primera vez desde la caída del Muro de Berlín la posibilidad de dar figura al descontento. Aunque ese terrorismo es poco propicio para transmitir un mensaje identificadorio para esos



descontentos, ha dado pie a la percepción de una alternativa radicalizada y ha contribuido a interrumpir la apariencia de un orden mundial definitivo basado en la espontaneidad de los mercados. En otras palabras: ha puesto de manifiesto las insuficiencias de la representación política en nuestras sociedades y ha posibilitado que el desaliento respecto al cambio reformista se derive a la satisfacción o al menos a la indiferencia ante el daño terrorista.

La respuesta al desafío terrorista ofrece la posibilidad de una revitalización política que sitúe la respuesta a la altura de la amenaza. Por el momento la repolitización se ha centrado esencialmente a un incremento de las tareas estatales de seguridad y a la acción militar de represalia.

La acción militar emprendida es probablemente necesaria aunque por

el momento su utilidad específica se ha revelado dudosa. La movilización pacifista que la cuestiona puebla escudarse en lo apotípico y cruento para las poblaciones civiles de las intervenciones militares. Pero con frecuencia, tras esa reacción sensible a la dimensión humana, suele refugiarse una ambigüedad ante la naturaleza del conflicto y una inadecuada resolución de los dilemas éticos. Sería por supuesto deseable que la pretensión de justicia de Estados Unidos se canalizara por instancias jurídicas y resarcivas internacionales. Hacer justicia por mano propia es una respuesta prearia a la agresión, pero no puede ser tildada de completamente arbitraria, puesto que los otros eventuales protagonistas moderadores que deberían haber impulsado el rol de los organismos internacionales intervini-

nieron muy débilmente y pusieron en evidencia que no estaban madurando las condiciones para una rápida acción de esa naturaleza. En un planteamiento conceptual, no se puede invocar un principio de oposición a la violencia y a la guerra pretendiendo que éste tenga prioridad absoluta y esté disociado de un reclamo de justicia.

Las acciones guerreras pueden apuntar quizás eficazmente a contener o disolver las redes terroristas, pero no constituyen una respuesta a la ausencia de un orden internacional justo o aun a la existencia de proyectos en esa dirección, que servirían el contexto para desbaratar las aspiraciones de liderazgo político del terrorismo fundamentalista existente o de cualquier otro que aspire a constituirse.

La reconstrucción de una perspectiva progresista en el mundo contemporáneo requeriría probablemente de una sabia articulación entre principios de orden y tolerancia y de otros de conflicto y promoción del cambio.

En primer lugar está en juego la defensa de un modo de concebir la convivencia humana. Ese es el espacio político cultural de pertenencia en el que todo proyecto de progreso social se inscribe. Hay interrogantes que están latentes en el espacio de la crítica social que deberían ser claramente evacuados. ¿Cuán valiosa nos parece la democracia liberal, aun en su modalidad estadounidense, y cuán identificados nos sentimos cuando ella está amenazada? O bien, ¿creemos que las designaciones cristalizadas son consustanciales a esta forma de sociedad y pensamos que el ataque a la democracia liberal, incluso si revisa formas inhumanas, está justificado puesto que se funda en valores o en reclamos de pretensiones superior?

En segundo lugar se trata de definir un espacio comprometido no sólo con principios en general sino

con lo que está actualmente en juego. Es posible concebir un compromiso con la denuncia y el combate al terrorismo sin ambigüedades sobre su ilegitimidad, pero sin por ello acceder a un alineamiento guerrero. La gestión de la intervención militar en Afganistán es obra de un gobierno, que puede reconocer la legitimidad circunstancial de tal intervención y no sentirse una ligazón irreversible con su desenvolvimiento o con su prolongación o rectificarnos a la vista de sus consecuencias o resultados. En pocas palabras, la identificación con los valores y un modo de convivencia no conlleva el abandono de la independencia de juicio ni debería promover la militarización de la sociedad y del espacio público.

Finalmente, el compromiso con la democracia liberal y con el espíritu crítico debe estar acompañado de

una específica autolimitación. Esta posición, aunque firme y pública, no puede estar acompañada del espíritu de conquista sino que debe reconocer la existencia de culturas y sociedades organizadas sobre otros principios, que incluso pueden suscitar nuestra reprobación moral pero que no pueden incitar a la intervención efectiva para imponer los propios. Ni las libertades públicas, ni los derechos de la mujer, ni la legitimidad democrática tal cual la entendemos, pueden ser razones válidas para intervenir por la fuerza en sociedades donde existen formas ostensibles de entendimiento comunitario.

Esta autorrestricción no es tan evidente como aparenta, puesto que no se trata simplemente de respetar las soberanías nacionales, pues este principio está actualmente relativizado. Hay contextos de pertenencia,

como ha sido el caso de Yugoslavia, en que la protección del pueblo kosovar requería una intervención internacional que puede considerarse legítima en la medida en que pretendía proteger una comunidad de la acción del Estado. Pero no podrían justificarse esfuerzos intervencionistas en contextos en que no está en juego una fractura en el Estado-nación, y aun en tales casos la intervención sería problemática.

El compromiso con el mundo es el único vínculo que puede alimentar la esperanza de la pacificación de los conflictos y de la construcción de un orden internacional en que la política, es decir la acción de la sociedad representada sobre sí misma, tenga un lugar. Pero ese compromiso comienza con reconocer y sostener los valores de la tradición político social en que se inscribe nuestra acción. □

Notas

¹ Cabe evocar que el antagonismo que permite constituir una relación amigo/enemigo en los términos de Schmitt, es aquél en que uno de los términos del antagonismo puede definir en "la alteridad del extranjero representa, en el concreto de tal caso de conflicto, la negación de su propia forma de existencia, y entonces, si los fines de la defensa o del combate son los de preservar el modo propio, conforme a su ser, según el cual vive", en el concepto de lo político.

² La idea de reconstituir las comunidades de acuerdo con una idea del bien a contrapelo de las prácticas y costumbres sociales y que ha tenido una mínima ilustración en el Afganistán controlado por los talibanes, es de la familia de los proyectos totalitarios en gran escala, tales como la gigantesca deslocalización de poblaciones practicada en su tiempo por los khermer rojos en Camboya con las trágicas consecuencias conocidas.

³ La reclamada intervención de Occidente, y en particular de Estados Unidos, para asegurar la coexistencia entre el Estado de Israel y un Estado palestino por crearse, ilustra la medida en que la pacificación del conflicto más candente involucra en la percepción de todos la presencia de los principales protagonistas del mundo, y que la idea de reclutar a cada uno en su idea teológico cultural aparece –más allá de las consideraciones éticas– como impracticable.



Conversación con Anthony Giddens y Ralf Dahrendorf

¿Recuperación de los valores de Occidente?

Aunque los dos sean los sucesores de Karl Popper en la dirección de la London School of Economics (y es en esta escuela donde nos citamos para este diálogo sobre la posguerra, más que sobre la guerra), Anthony Giddens y Ralf Dahrendorf son dos intelectuales de distinta extracción y pensamiento. Giddens, modernizador de la socialdemocracia, ideólogo de la tercera vía, paladín de todo lo que sea global. Dahrendorf, liberal y escéptico, crítico del blairismo, siempre en guardia contra el optimismo de la globalización.

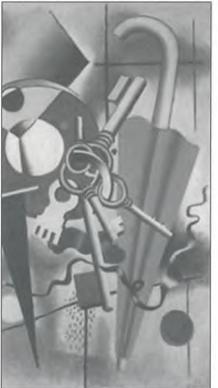
*Antonio Polito**

Dado que todos estamos convencidos de que nada será como antes cuando termine esta crisis, les pregunto a ambos qué cambiará. Si el siglo XXI estará dominado por un nuevo desorden mundial o los escombros de las Torres Gemelas nacerá un nuevo orden.

Giddens. Toda previsión depende de la duración, extensión y eficacia de la reacción militar estadounidense. Y por grande que sea el horror de lo que hemos visto en Nueva York, debemos recordar que el atentado no es el primero, sino el último de una serie de ataques terroristas y suicidas que llevan produciéndose en el mundo desde hace más de 12 años. ¿Qué es distinto esta vez? El sentimiento de enorme tensión que se ha apoderado de Occidente. Como sociólogo he trabajado mucho sobre el concepto de 'riesgo'. Yo compararía esta situación con lo que sucede de cuando conducimos un coche. Al volante, lo sabemos bien, experimentamos de ordinario una sensación de invulnerabilidad. Pero si pasamos por delante del lugar de un accidente nos damos cuenta de improvisto de nuestra extrema vulnerabilidad. Algo que estaba ahí, pero que nosotros no veíamos. Durante un rato vamos más despacio, presta-

mos atención. Pero sólo durante un rato. Personalmente no creo que esto dure mucho. Habrá un retorno a la normalidad. Sobre todo si la acción militar es limitada y produce algún resultado.

Dahrendorf. También, para mí, el valor de los hechos está en función de cómo se interpretan. Este ataque ha coincidido con una grave desaceleración de nuestras economías. Esto ha agravado las consecuencias negativas. En la mente de



la gente, catástrofe y crisis económica están más ligadas de lo que están en realidad. El resultado es una modificación profunda de las conductas y de las convicciones. Yo creo que durante un tiempo será más difícil para todos nosotros aceptar los exorbitantes beneficios de las empresas que en los últimos años habíamos considerado como un hecho. Sin embargo, este estado de temor está determinando un reencuentro con los valores que definen a Occidente, que unen a Estados Unidos, Europa y algún otro país.

G. De hecho habrá consecuencias incluso en el movimiento anti-globalización. Su transformación parcial en un movimiento a favor de la paz parece más bien el comienzo de una fragmentación que de un renacimiento. Creo que en el futuro veremos menos Seattle y Génova. También porque, por lo menos en parte, las instancias de aquella protesta ahora deberán ser también planteadas por los gobiernos. Si estamos asistiendo al final de algo, ese algo es la idea de que se pueda tratar al mundo como si fuera un mercado gigantesco, y basta. Entendámonos: desde mi punto de vista, estos acontecimientos nos dicen que necesitamos más globalización, no menos. Porque no son de ninguna forma el fruto, sino sobre todo un residuo del pasado, de una guerra fría que produjo una enorme inestabilidad. Afganistán es un ejemplo clásico. Por tanto, no debemos apartarnos de la globalización, pero ésta debe estar vinculada a un derecho internacional, al fomento de normas universales de derechos humanos y a una acción concertada para afrontar algunas de las cuestiones planteadas por el movimiento antiglobalización.

JNecesitamos quizás una globalización ética?

G. Pero siempre ha habido un elemento ético en la globalización. La era global no es sólo una serie de conexiones económicas. Ha habido un gran desarrollo del derecho internacional y del protagonismo de las organizaciones no gubernamentales (ONG). La globalización es también la integración de valores, es también Greenpeace.

D. El hecho es que mucha gente ha rechazado el comportamiento de la gente de Seattle, pero de alguna manera ha comprendido la causa que les impulsaba. Hoy, esta parte de la opinión pública está a la búsqueda de un camino para domesticar la globalización sin destruirla. Si queremos llamar ética a esta aspiración, por mí no hay inconveniente. Es un intento de estabilizar las normas, y yo creo que los acontecimientos de Nueva York reforzarán este deseo.

JQuiere decir que éste es el fin del neoliberalismo y el comienzo de un retorno a Keynes?

D. Yo veo que Bush está poniendo en marcha un programa impresionante de corte keynesiano para reactivar la economía. La coincidencia de las dos crisis incrementa la presión para que haya un papel más fuerte del Estado, tanto si es para protegerse de la amenaza terrorista como para hacernos salir de la incertidumbre económica.

Vamos hacia una era en la que prevalecerá la idea de que dejarlo todo al mercado no funciona y que el Estado debe desempeñar un papel más importante.

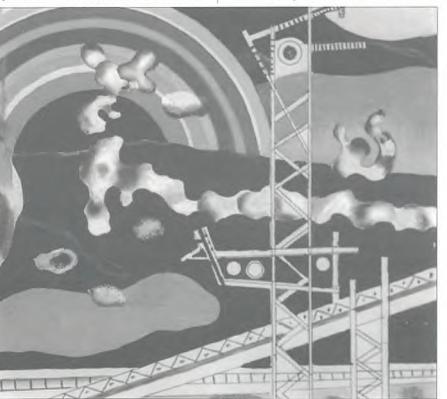
G. No estoy totalmente de acuerdo. No creo que haya ni que pueda haber un retorno al keynesismo de posguerra ni a una enorme intervención del Estado en la economía. En el caso de Estados Unidos, me parece que Bush está más bien proponeiendo una mayor reducción de los impuestos. En cuanto al resto, la

fase histórica en la que se creía que el mercado era la solución de todos los problemas ha terminado ya. Desde hace tiempo hay un consenso impreciso acerca de la necesidad de un cierto grado de intervención estatal para equilibrar el mercado con el buen gobierno y la sociedad civil. Pero, una vez dicho esto, no podemos de ninguna forma olvidar las lecciones que hemos aprendido. No podemos volver a un mundo en el que el Estado lo haga todo. La solución no es la vuelta al pasado. Más bien al contrario. Las nuevas políticas, centradas en la flexibilidad y adaptabilidad de la mano de obra, serán aún más importantes en una época de depresión. Temo que las economías de Europa continental, Italia, Francia y Alemania, tendrán un problema de desempleo mayor que el de Gran Bretaña, que ha reformado su mercado laboral haciendo más adaptable a los cambios.

D. Discrepo absolutamente. No veo ninguna depresión en puertas. Hablaré más bien de riesgo de recepción. Y además estoy convencido de que el efecto combinado de la crisis

y el terrorismo hará que los gobiernos vuelvan a plantearse su papel. El análisis de Giddens, centrado en la flexibilidad del mercado de trabajo, me parece anticuado. Las economías europeas no tienen este gran problema de desempleo. Puedo parecer así, si se miran las estadísticas, pero cualquier que conozca estos países sabe que es mucho peor en Gran Bretaña, porque el paro no tiene alternativas. Preveo, por tanto, un período en el que la persistente fuerza del mercado global convivirá con un mayor énfasis sobre la protección social y sobre los modos de vida y de trabajo más locales.

G. No es así. Los cambios que ya se han producido en la economía occidental son fundamentales e irreversibles. El porcentaje de obreros es ya una pequeña minoría, aproximadamente el 16% de la fuerza laboral en Europa. La economía del conocimiento es un fenómeno real, que no se ha puesto en discusión desde la crisis en la Bolsa de las punto.com. Por tanto, la respuesta debe estar centrada aún más en la formación y flexibilidad de la mano



de obra. Y discrepo con lo que dice Dahrendorf de las economías europeas. Francia y Alemania tienen mucha pobreza escondida y exclusión social a causa de una excesiva rigidez en el mercado del trabajo. Sufrirán más al hacerse más lenta la economía.

«Vamos hacia una economía del miedo, donde la gente deseará y gastará menos, se quedará en casa?»

G. Hay miedo, es cierto. Hay un freno al gasto. Pero una mayor prudencia de los consumidores se habría manifestado de todas formas, en mi opinión, aunque no se hubieran producido los sucesos de Nueva York. Convivimos siempre con el riesgo, pero al final lo filtramos, porque es la única forma de llevar una vida estable. El problema está en comprender cuál será el alcance y la profundidad de la adaptación necesaria, en cuanto a sistemas de vigilancia, gasto militar, libertades civiles y cosas así.

D. Yo creo que habrá una dife-

rencia entre Estados Unidos y Europa. Creo que la nueva vitalidad de la sociedad civil, el sorprendente movimiento de solidaridad con el que los estadounidenses están reaccionando ante la amenaza, esta reacción clásica a lo Tocqueville, puede convertirse en una fuente de fuerza económica. No veo las mismas señales en Europa y no creo que podamos contar con ellas en el futuro.

«Estárd menos aislado Estados Unidos a partir de ahora?»

D. Es muy probable. La experiencia de la construcción de la coalición antiterrorista tendrá efectos duraderos. Dejará claro que es mejor tener amigos que ir solos por el mundo. Observa una coincidencia: Estados Unidos ha pagado al fin una buena parte de su deuda por los enfrentamientos con la ONU.

G. Es evidente un alejamiento de la administración Bush de sus posiciones unilaterales del principio. Pero fijense qué esas posiciones existían en Estados Unidos también

en la administración Clinton, a causa del control republicano en el Congreso. Y a pesar de que ahora sea probable una actitud más positiva, no creo que firmen los acuerdos de Kioto. Es más probable que persistan en una clásica postura estadounidense: colaboración por un lado y unilateralidad por otro, que viene dictada por la peculiar posición de EE.UU. en el mundo.

«Tiene razón Blair al proponer una nueva ética política global, que haga de esta guerra una guerra justa y que cure al mismo tiempo todas las heridas del mundo?»

D. Es una aspiración positiva que yo comparto, pero creo que acabará en decepción. Es un programa demasiado amplio y es difícil para quien no ha traído paz ni a su propio país, en Irlanda del Norte, proponerse llevar la paz a África. Por lo que a mí respecta, me bastaría con hacer frente a un problema cada vez. No digo conseguir la paz en Oriente Próximo, pero por lo menos obtener un período prolongado de estabilidad relativa.

G. Sin embargo, yo creo en un nuevo internacionalismo porque, se mire como se mire la globalización, es evidente que esta realidad nos impone una mayor dependencia mutua. Incluso el fundamentalismo islámico tiene una agenda global que comprende a Oriente Próximo, los países musulmanes y el papel de Estados Unidos en el mundo. No estoy muy a favor de las empresas militares aisladas, y creo también que la ONU debe involucrarse lo antes posible. Pero es indispensable un imperativo moral para afrontar los problemas del mundo y existen las estrategias para crearlo. Sabemos que es posible sacar a millones de seres humanos de la pobreza, sabemos que sólo se puede hacer por medio del desarrollo económico, y sabemos también que los países ricos pueden echar una mano. Toda esta discusión actual de la izquierda

europea sobre el impuesto Tobin, hágámosla abiertamente, veámos si hay un camino práctico y posible.

D. Pero la batalla contra la pobreza no es sólo cuestión de dinero. A menudo, el desarrollo destruye eso que Galbraith llamaba el viejo ciclo de la pobreza de la vida de un pueblo, pero no crea un nuevo mundo hecho de trabajo. La salida de la pobreza, por tanto, puede producir una fase en que a la gente le vayan peor las cosas.

«Hay choque de civilizaciones?»

G. No. El conflicto en curso no lo es. Cuando Huntington utilizó este término, quizás no se dio cuenta de cuánto espacio dejaba a su disertante cinético. Entre los así llamados valores de Occidente debemos, antes que nada, introducir éste: vigilancia contra el riesgo de que la profecía de Huntington se realice. Para mí, el fundamentalismo no es sólo religioso. No es aquello en lo que crees, sino lo que piensas de los otros que no creen en las mismas cosas. En cambio, los que estamos en la izquierda liberal combatimos por un mundo cosmopolita, que no quiere decir multicultural, sino que reconoce estándares éticos universales y garantiza la práctica democrática dentro de cualquier cultura o grupo que pueda existir.

D. Estamos de acuerdo. Están en cuestión creídos o sistemas ideológicos que parecen atraer en particular a los que se sienten en desventaja y echan la culpa a otros de su desesperación. Pero yo quería dar la vuelta a los términos. No es el Islam el que produce el terrorismo, es la necesidad del terrorismo la que se acoge a ciertas versiones del Islam. La respuesta debe ser ese tipo de liberalismo secular y tolerante que ha descrito Giddens.

G. Un liberalismo duro, severo, que incluya en su contexto incluso el uso de la fuerza. □

La izquierda estadounidense I

Provincialismo, ideología y simpatía por la revolución

Este es el primero de dos artículos que discuten la forma en que la izquierda estadounidense reaccionó ante los atentados del 11 de septiembre. En esta oportunidad se analiza cómo la "izquierda ideológica" se esforzó por encontrar explicaciones que le permitieran proyectar en el conflicto aquellas premisas que caracterizan su visión de la política local y global. El segundo artículo —que aparecerá en el próximo número de *La Ciudad Futura*— tratará de las ambigüedades, conflictos y responsabilidades que caracterizan a las acciones y posiciones públicas e institucionales de la "izquierda política". El planteo de esta tipología elemental —izquierda ideológica e izquierda política— toma en cuenta tanto la autopercepción de los actores como su posicionamiento en relación con las instituciones y los conflictos políticos.

Martín Plot

I

A nadie llama la atención que se diga aquí que muchos estadounidenses son provincianos y que les cuesta reconocer que el mundo más allá de sus fronteras es complejo, diverso y pluricéntrico. Esto es ciertamente así, pero lo interesante es que el fenómeno no se limita en absoluto al arco conservador, sino que asume una forma de tipo esencial en lo que por estas tierras suele autodenominarse "izquierda".

En este caso, el provincialismo se manifiesta en la convicción de que Estados Unidos es el único agente global, que todo lo malo que pasa en el mundo es su responsabilidad y, nuevamente, en su incapacidad de reconocer que el mundo más allá de sus fronteras es complejo, diverso y pluricéntrico. El resultado de ambas actitudes provincianas, tanto de derecha como de izquierda, es el llamado "aislacionismo", que promueve el abandono de un escenario mundial que o bien es simplemente

hostil y no valora la bondad de Estados Unidos, o bien es simplemente víctima y no experimentaría más que beneficios si la presencia estadounidense en el mundo pudiera desvanecerse por completo.

Vale recordar como ejemplo una escena que tuvo lugar hace exactamente un año. Durante el último tramo de la campaña electoral y en protesta por no poder participar en los debates de los dos principales candidatos a la presidencia, el



ultraderechista Pat Buchanan y el candidato de "izquierda" Ralph Nader participaron de un debate organizado por uno de los principales canales de televisión. En esa oportunidad, Pat Buchanan planteó claramente cuál debía ser, a su criterio, la política exterior de Estados Unidos: retirarse de las Naciones Unidas, repatriar todas las tropas estacionadas en el exterior en misiones de paz o de cualquier otra índole y desplegarlas mayormente a lo largo de la frontera con México para evitar la inmigración ilegal, desconocer los tratados internacionales que impiden el desarrollo de políticas de defensa propia y dejar que los conflictos de Medio Oriente y los Balcanes lo resuelvan árabes, israelíes, serbios y kosovares por su cuenta. Mientras el candidato de la derecha se explataba acerca de estos disparates, Ralph Nader se limitaba a escuchar en silencio y hasta a asentir amigablemente ante alguna de dichas afirmaciones. Cuando llegó el turno de Nader, en vez de confrontar con tales posturas prefirió limitarse a repetir lo que ya para ese entonces era su único latiguillo de campaña: demócratas y republicanos son indistinguibles, por lo que es indiferente quién gane, la defensa imperial de los intereses empresariales de Estados Unidos seguirá guiando la política del Departamento de Estado.

Mucho más recientemente, sólo unos pocos días después de la masacre del 11 de septiembre, ambos provincialismos se manifestaron aún más espectacularmente. Esta vez no fueron los actores políticos quienes hablaron –en ambos casos, enteramente ausentes– sino sus más afamadas expresiones culturales: la *Christian Coalition* y Noam Chomsky. Ambas tendencias llamaron la atención por su capacidad reveladora, haciendo notar al mundo que poseían la clave para la explicación del fenómeno. La ultra-derecha ad-

quirió notoriedad indicando que esto pasaba por culpa de los homosexuales, los abortistas, los luchadores por los derechos civiles y, en general, por culpa de todos aquellos que habían secularizado a Estados Unidos. Dios, afirmaron, nos ha retirado su protección. Pero la izquierda tampoco se quedó atrás, porque aquello que aparentemente ya no puede explicarse en términos de voluntad divina, sí puede y debe en cambio explicarse enteramente por condiciones mundiales que serían responsabilidad exclusiva de la política exterior estadounidense. Además de oponerse a la pobreza y a la injusticia del mundo en general, según Noam Chomsky, las acciones de los terroristas comandadas por Bin Laden se debieron a que éste se "opone amargamente a los regímenes corruptos y represivos de la región, que para él son no-islámicos... Bin Laden desprecia a Estados Unidos por su apoyo a estos regímenes. Como otros en la región, él también está indignado por el prolongado apoyo de Estados Unidos a la brutal ocupación militar israelí, que ya lleva 35 años... Y, como otros, él contrasta el dedicado apoyo de Washington a este crimen con los diez años de asalto británico-estadounidense contra la población civil de Irak, un ataque que ha devastado a la sociedad, causado cientos de miles de muertos y fortalecido a Saddam Hussein."

Este razonamiento, que a primera vista parece tener algún sentido, es estrechamente falaz en cada uno de sus puntos. Es cierto que Bin Laden rechaza el apoyo de Estados Unidos a algunos de los gobiernos del mundo árabe, pero claramente no lo hace porque sean "represivos" sino porque no son suficientemente fundamentalistas. Claro que el apoyo de los estadounidenses a los israelíes es uno de los aspectos centrales del asunto –si bien, según dicen los expertos, Bin Laden nunca

tuvo demasiado interés en el tema– pero los fundamentalistas islámicos no están en contra de la ocupación militar de los territorios palestinos sino de la existencia misma del Estado de Israel. También parecería razonable relacionar los ataques a las Twin Towers con las sanciones a Irak, pero ni tal "asalto" tiene como objetivo a la población civil ni Osama bin Laden tiene demasiados problemas con su fracaso –es decir, con la permanencia de Sadam Hussein en el poder-. Cada una de estas afirmaciones es una falacia puesta al servicio del crimen masivo perpetrado por uno de los l Güstas y polítólogos más obsesionados por la consistencia lógica que uno pueda encontrar por ahí. Es tan cierto decir que la mayoría de los regímenes del mundo árabe son corruptos y despiadados como lo es afirmar que la idea de Dios que tienen los fundamentalistas de la *Christian Coalition* se opone a la secularización, pero decir que Osama bin Laden es un luchador por la libertad asociable con las causas de la "izquierda" es sencillamente tan alucinado como asegurar que Nueva York es la versión moderna de Sodoma y Gomorra.

En definitiva, para Chomsky –y una parte importante de la izquierda estadounidense– no importa que Bin Laden mismo exprese con acciones y palabras que su causa no es contra la represión o la injusticia en el mundo. No importa que sus principios teocráticos y totalitarios antagónicos explícitamente con todo aquello que la izquierda ha sostenido desde la Revolución Francesa en adelante, ni que sus acciones hayan tenido por objetivo cometer un monstruoso crimen contra la humanidad, que finalmente se consumó. Lo único que importa es proyectar obsesivamente sobre todo aquél que ataque a Estados Unidos las causas por las cuales la izquierda ideológica sabe que algo así puede y, natural-

mente, debe ocurrir. Planear por años la propia muerte sin cambiar de opinión y viviendo entre aquellos mismos a quienes se iba a asesinar estrellando aviones de pasajeros contra edificios repletos, matando a casi seis mil personas, fueron, en palabras de Chalmers Johnson para *The Nation*, un ejemplo del uso de la "estrategia de los pobres" que "mataron a testigos inocentes que devinieron enemigos sólo porque de antemano ya se habían convertido en víctimas". Víctimas, imagino, del capitalismo estadounidense, aunque esto no se aclara por completo en el artículo. En fin, si hay alguna diferencia formal entre estas causalidades y la causalidad mesiánica establecida por la *Christian Coalition*, debo admitir que he perdido la capacidad de reconocerla.

II

Por razones que a esta altura son producto más de la tradición que de algún tipo de necesidad de debatir con supuestos "compañeros de ruta", dejaré ahora de lado al fascismo religioso estadounidense para indagar solamente sobre este curioso fenómeno de los autodesignados intérpretes del "fascismo con rostro islámico", como lo bautizara el crítico cultural Christopher Hitchens. Mi interpretación es que la incapacidad de juzgar un acontecimiento de esta naturaleza manifestada por parte de la izquierda y la necesidad de reducirlo todo a una causalidad que no requiera tomar en cuenta las motivaciones de los actores, es el resultado de una experiencia particular. Esta experiencia probablemente esté relacionada con los casi cincuenta años de Guerra Fría, situación incómoda que le impidió a la izquierda estadounidense participar decididamente en la vida democrática nacional y devenir lo que ya en la década del cincuenta Maurice Merleau-Ponty definió alternativamente como "izquierda no-comu-

nista" o "liberalismo heroico". Pero lo seguro, en definitiva, es que hace ya demasiado tiempo que la izquierda estadounidense abandonó la política. Me refiero, por supuesto, a la izquierda ideológica y no a aquella que luego de la lucha por los derechos civiles y las transformaciones culturales de los 60 ha creado esa especie de socialdemocracia-a-la-americana llamada Partido Demócrata. La diferencia es la relación que ambas establecen con la idea misma de principios. Igualdad, justicia, libertad, todas ellas ideas organizadoras del campo progresista desde el tiempo de las revoluciones democráticas, mutaron para la izquierda ideológica en premisas automáticas de otra naturaleza que, mediante su aplicación mecánica, permiten escapar a la compleja realidad de los acontecimientos políticos. Esta mutación de principios en premisas convoca el juicio político y convierte a sus seguidores en torpes –pero a veces también sumamente peligrosos– agentes sociales. Para la iz-



quierda ideológica estadounidense, al igual que para la izquierda ideológica global, hoy todo aquello que haga Estados Unidos, sus aliados o simplemente suceda como consecuencia del proceso de globalización, tiene un único sentido y no requiere de mayor análisis.

En pocas palabras, la izquierda ideológica sostiene poder explicar lo todo pero en realidad no entiende nada, porque se niega tanto a pensar y atribuir sentido al acontecimiento mismo como a interpretar adecuadamente los términos en los que está planteado el conflicto. Sostiene que sabe por qué los terroristas atacaron las Twin Towers y el Pentágono, pero se niega a considerar los motivos por los que los actores mismos dicen haberlo hecho, los valores que éstos sostienen al presentar su causa ante el mundo y las consecuencias de un posible fortalecimiento de estos mismos actores. Los actores dicen *jihad* y la izquierda entiende *égalité*, lo que la lleva a entusiasmarse con acontecimientos que se contradicen por completo con los principios que originariamente la inspiraron. La transformación de los alineamientos políticos mundiales y locales promete ser irreversible y, coincidiendo con Hitchens en su respuesta a Chomsky para *The Nation*, no duda en describir "esta mentalidad, cuidadosamente y sin excitación, como indulgente con el crimen e indulgente con el fascismo. Ninguna coalición política es posible con ese tipo de gente y, agradezco poder decir hoy, ninguna coalición política con ellos es necesaria. Ya no interesa lo que ellos piensen."

III

¿Pero qué es, concretamente, aquello que permite a la izquierda ideológica estadounidense asociar tan fácilmente su perspectiva con aquella del fundamentalismo terrorista? Propongo referirme a este

possible denominador común en términos de "panesencialismo". Este panesencialismo es el resultado de una segunda mutación: las tradicionales políticas universalistas e internacionales de la izquierda devinieron en un pan-esencialismo antiglobalización que comparte su espacio imaginario con un mosaico de otras perspectivas. Estas también ven en el presente global un orden político a destruir y superar. En esta base radica este curioso nuevo entusiasmo de la izquierda ideológica.

¿Pero qué quiere decir este entusiasmo? Para contestar esta pregunta quizás sea útil revisar aquello que Immanuel Kant dijera sobre la Revolución Francesa cuando se preguntaba si podía afirmarse que el género humano se caracterizaba por un constante progreso hacia algo mejor. Luego de descartar varias alternativas, Kant llegó a la conclusión de que la respuesta podía ser de todas formas afirmativa, dado que el entusiasmo despertado por la revolución en los espectadores del mundo, no comprometidos ellos mismos en los acontecimientos, indicaba una disposición del género humano hacia el progreso. Por supuesto, esta actitud "progresista" de Kant y sus espectadores se evidenciaba en la simpatía que éstos mostraban por el intento de los franceses de fundar una república. De esta observación, probablemente más que de ninguna otra, proviene la idea de que aquellos que se inspiran en los principios instituidos por las revoluciones democráticas son necesariamente los mismos que aquellos que desean el cambio "en general", esto es, los progresistas.

Otro optimista acerca de la disposición humana que vale la pena revisar en este punto fue Jorge Luis Borges. En su "Anotación al 23 de agosto de 1944" Borges decía que ese día le había deparado "tres heterogéneos asombros: el grado físico de mi felicidad cuando me dije-

ron de la liberación de París; el descubrimiento de que una emoción colectiva puede no ser innoble; el enigmático y notorio entusiasmo de muchos partidarios de Hitler". Aparentemente, Borges no tuvo problema en asimilar los dos primeros asombros de la lista, pero el tercero de ellos despertó una inquietud que requería una mayor inspección. "Noches después", diría entonces, "un libro y un recuerdo me iluminaron. El libro fue el *Man and Superman*, de Shaw; el pasaje a que me refiero es aquél del sueño metafísico de John Taïfer, donde se afirma que el horror del infierno es su irrealdad.. El recuerdo fue de aquel día que es el perfecto y detestado reverso del 23 de agosto: el 14 de junio de 1940. Un germanófilo, de cuyo nombre no quiero acordarme, entró ese día en mi casa; de pie, desde la puerta, anunció la vasta noticia: los ejércitos nazis habían ocupado París. Sentí una mezcla de tristeza, de asco, de malestar. Algo que no entendí me detuvo: la insolencia del júbilo no explicaba ni la estentórea voz ni la brusca proclamación. Agregó que muy pronto esos ejércitos entrarían en Londres. Toda oposición era inútil, nada podría detener su victoria. Entonces comprendí que él también estaba aterrado. [...] Ser nazi es, a la larga, una imposibilidad mental y moral. El nazismo adolece de irreabilidad, como los infiernos de Erigena. Es inhabitable; los hombres sólo pueden morir por él, mentir por él, matar y ensangrentar por él. Nadie, en la soledad central de su yo, puede anhelar que triunfe."

Imagino encuentros similares en todo el mundo, esta vez durante el martes 11 de septiembre del 2001. Los que "brindaron" y los que sintieron tristeza y asco se encontraron y se siguen encontrando a diario en el Cairo, Nueva York o Buenos Aires. ¿Pero podemos ser hoy tan optimistas como Borges y Kant? ¿No será que Kant no entendió que

todo cambio no es progreso y que a Borges se le escapó que aquella estentórea voz y brusca proclamación no denotaban terror sino el profundo abismo moral que los separaba? O, para plantearse una pregunta de tipo arendtiana, ¿no será que la banalidad del mal no es un atributo exclusivo de los ejecutores sino que puede ser compartida también por quienes juzgan los hechos? En este contexto, no hay que descartar que luego de tanto debate posmoderno, la izquierda ideológica haya terminado preservando el lado más idiota –por tonto y por antipolítico– de la modernidad: la idea de que todo cambio o potencial revolucionario es necesariamente para algo mejor.

Podría decirse que al menos desease hacer más de medio siglo que los principios seculares, republicanos y democráticos son hegémónicos en los países occidentales. También podría decirse que la globalización se encamina en el presente hacia una universalización de tales

principios. De más está decir que tanto el logro de la hegemonía de dichos principios en Occidente como su amenaza actual a otros órdenes, no fueron ni son procesos pacíficos o armónicos. No es ese el punto, sino el indicar que no sólo en Estados Unidos sino también en gran parte del mundo, el cambio pude hoy tener como enemigo existencial –no ya como objetivo final– al orden político secular y democrático. La pregunta es: ¿estamos ante una revolución? Podría decirse que el entusiasmo que provocaron en el mundo moderno las revoluciones francesa y rusa, la primera por la posibilidad de fundar una república democrática y la segunda por la posibilidad de eliminar la injusticia social, quizás sea hoy replicado en su forma por una simpatía equivalente, esta vez despertada por la posibilidad de reseguir el mundo a favor de políticas identitarias capaces de relacionarse entre ellas –¡por el mo-

mento!– en términos de una especie de panesencialismo.

El intento no sería enteramente novedoso. Tendría como antecedente la expansión fascista en Europa –aquella vez sólidamente nacionalista– que dio origen al holocausto y a la Segunda Guerra Mundial. La derrota de tal experiencia occidental (que encontró eco ideológico desde Tierra del Fuego hasta Alaska y desde California hasta Europa Central) fue tanto militar como simbólica. El fascismo sigue existiendo, pero nunca recuperó la legitimidad política o el poderío militar necesarios para volver a amenazar el orden político dominante en occidente. La ofensiva hoy no tiene como único escenario a Europa y América sino que estalla ante la disolución de los marcos de certidumbre que hoy la modernidad hace llegar al mundo islámico y que, confirmado a Leフト, nuevamente ha originado a una respuesta totalitaria. Hace tiempo que la idea de un panesencialismo se hace crecientemente seductora para amplios sectores de la cultura y la política occidental. Pero, por supuesto, la ofensiva real tenía que provenir de un "otro" realmente otro, es decir, de alguien para quien la reivindicación esencialista de una identidad en contra de la secularización occidental no fuera sólo una cuestión de moda intelectual sino más bien de antagonismo existencial. La izquierda, o como quiera que la llamen ahora, tendrá que saber de qué lado del conflicto está. Y a mi juicio, una vez más habrá que tomar la decisión –amarga para algunos, no para mí– de sumar fuerzas con un mundo democrático que nunca asumirá la forma subjetivamente deseada por nadie y que no lo hará, precisamente, porque siempre hay otros, que piensan distinto y que sin embargo son bienvenidos. Ese es el liberalismo heroico del que habla Merleau-Ponty, el que acepta a los adversarios como legítimos y se piensa a sí mismo como tarea. □



José Aricó: el necesario optimismo de la voluntad

Homenaje a diez años de la muerte del fundador y director de *La ciudad futura*.

Horacio Crespo

Su biografía política e intelectual coincide con el proceso crepuscular del marxismo, de renacimiento del pensamiento crítico, de promesas de advenimientos revolucionarios, de luchas a escala mundial que epilogarían, a pesar de todo, en una decepcionante noche política y teórica, en el desasosiego e impotencia de la posmodernidad y las realidades de la globalización. Pero, también, este tiempo desembocaría en algunas alternativas democráticas, caminos insinuados, leves perspectivas más acordes con el punto de llegada de su reflexión. En este balance inestable, entre el pesimismo de la conciencia y el optimismo de la voluntad, como gustaba decir, seguramente se habría inclinado por el "principio esperanza" que tanto vincula su pensamiento al de Ernst Bloch, uno de los grandes viejos del marxismo.

Si hoy el trabajo de Marx puede producir sentido, sólo puede ser develado a partir de construcciones teórico-políticas que, como las de Aricó se edificaron sobre una aguda percepción de la crisis del marxismo maduro, y de la constatación del agotamiento de amplios territorios de su campo reflexivo. Esa es su relevancia: la puesta anticipada de algunos esenciales problemas actuales y una clave de lectura de Marx que permite recuperarlo como un clásico del pensamiento social. Dice Italo Calvino: "Un clásico es un libro que no ha terminado de decir aquello que tenía que decir". Un autor que es intérprete *su tiempo*, tornado actual para otras generaciones que no vivieron su experiencia pero a las que sus ideas siguen suscitando preguntas y motivando a la acción. En suma, se trata de su actualidad. Marx es, para Aricó, un clásico. También Gramsci. En Aricó se trata precisamente de eso: de la actualidad de Gramsci de la actualidad de Marx. Para él, ambos son inseparables y configuran, a partir de la compleja hermenéutica que practicó sobre sus obras, el sentido más general, político e intelectual, de su trabajo: la proyección del futuro como posibilidad proyectual

de liberación humana.

Aricó fue un confluente representante de la cultura crítica marxista de los 60 y 70, y de su renovación democrática en los 80. La forma principal del compromiso de Aricó con el marxismo fue pensarlo heterodoxamente, con ideas claras respecto de los problemas, pero también de las potencialidades que la apertura posterior a la esclerosis estalinista entrañaba para el socialismo. A partir de la réplica a la sistematización reduccionista y positivizada de Marx, de la lectura contextual ensayada sobre su obra, edificó una tradición marxista que se identifica esencialmente con Gramsci y con Mariátegui, quizás más tardía y sordamente con Bernstein, pero en la que se incluye una conjunción no ortodoxa de múltiples autores. Esta respuesta endógena a la llamada crisis del marxismo se articula para Aricó con la necesaria confrontación con las grandes corrientes de la cultura de Occidente en el siglo XX. Confrontación dialógica en la que el marxismo arriesgaba incluso su identidad, pero imprescindible para su propia supervivencia creativa. Líneas y perspectivas de desarrollo, teóricas y prácticas, que aúnan fuerza de proyección con una gran complejidad de elaboración y utilidad en los planteamientos.

Su obra se constituye como problema. Construida sobre vías excentráticas a los códigos de legitimación, trabajada

durante años desde fuera o en los márgenes de las instituciones y precariamente asentada en intersticios disciplinarios, sus contornos de definición de género también plantean dificultades: ¿ensayo, monografía, tesis política, erudición filológica? En su peculiar articulación no fácilmente visible, ¿qué expresión configuran? Las huellas reconocibles de la base crítica, de la marca político-ideológica se potencian en las señas insinuadas del autodidactismo y se derivan en sospechas y suspicacias de la academia; ¿desde qué lugar habla José Aricó? ¿qué cuestión peculiar intenta dilucidar su discurso? En Aricó hay una respuesta activa a la crisis del marxismo, pero ella está dada del único modo congruente con el conjunto de su pensamiento, de su esencial concepción de la significación y sentido del trabajo de Marx, y de su hermenéutica de la tradición del marxismo: fuera de la sistematicidad, contra la positivización. Es una respuesta que hubo de comprender desde su misma realidad heteróclita y fragmentaria, porque la naturaleza misma del objeto problemático no admittía otra forma. La originalidad de su obra se encuentra en esta aparente dispersión, en la fragmentariedad, en la dificultad de visibilidad de esa respuesta, que sólo puede recomponerse como unidad a partir de reconponerse en la irremediable heterogeneidad de su formulación.

El punto de reconstitución es el horizonte político. El discurso de Aricó se erige precisamente en la articulación de lo político, reconocible con dificultad porque es lo político de un momento de crisis, o lo político tamizado por las grandes transformaciones sufridas por el concepto mismo, articulado sobre el socialismo y la democracia, sobre el horizonte –de acuerdo con sus palabras finales, en agosto de 1991– de "un mundo proyectual donde se concibe que la sociedad puede ser distinta, que se puede de vivir de manera distinta, que la felicidad puede ser conseguida, que la satisfacción plena de las necesidades de los hombres puede ser lograda. Este es el fondo irreductible de la libertad humana". □

